



CRIMEN PARA UNA DAMA

JOE MOGAR



Todo esto lo supe bastante después.

Una mañana quince o dieciséis días más tarde. Al entrar en mi oficina de la calle 33 Oeste.

Eve, mi morena, hermosa y complaciente secretaria, me salió al paso, viniendo de su despachito, me saludó dándome un beso en la oreja, zafándose en el acto de mí cuando intenté corresponder, pero con muy mala intención, y dijo:

—En su despacho hay una cría que le está esperando, John.

Ése soy yo. Un hombre como otro cualquiera. Un tipo como hay muchos en Nueva York. Un detective privado, como reza la placa esmaltada en negro que hay a la entrada de mi oficina.

Clavé mis grises ojos en la explosiva figura de mi secretaria y pregunté:

—¿Una cría?



Joe Mogar

Crimen para una dama

Bolsilibros - Servicio Secreto - 893

ePub r1.1

Lds 18.12.17

Título original: *Crimen para una dama*

Joe Mogar, 1967

Cubierta: Antonio Bernal

Ilustración interior: Peña

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2

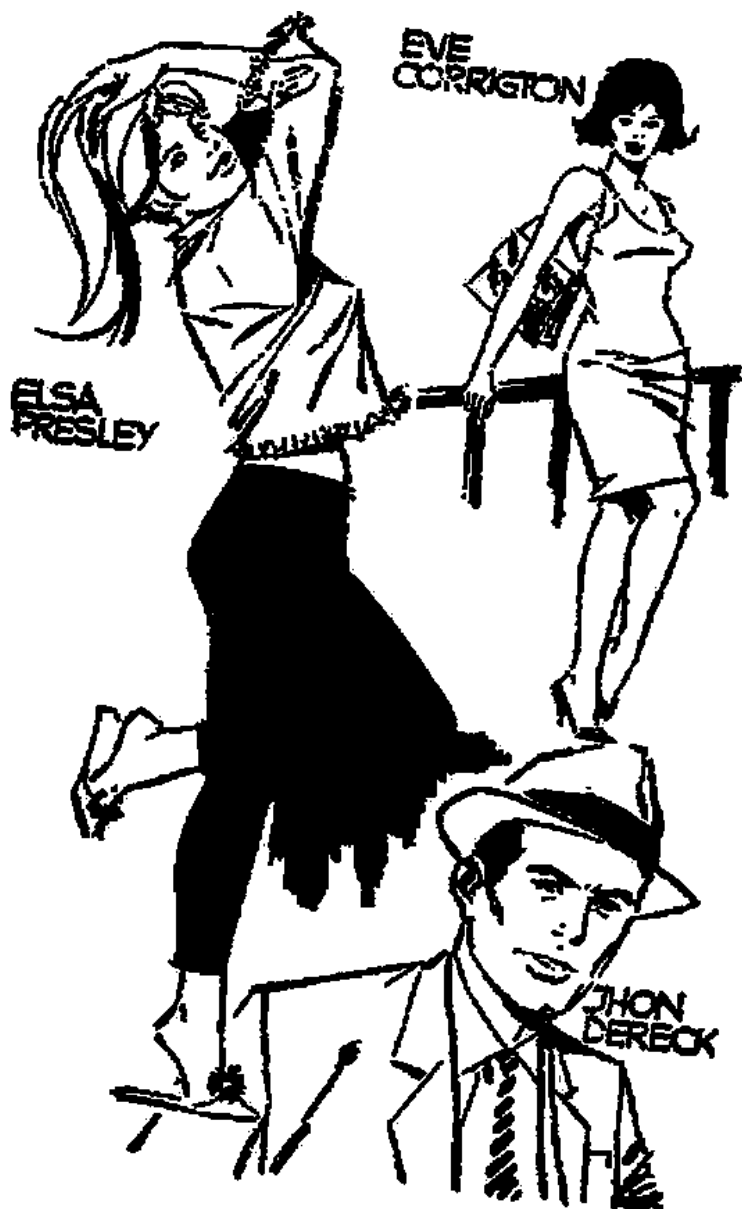




SS

SERVICIO SECRETO





PRÓLOGO

El tren se acercaba a la pequeña estación de la 125 th Street, en lo alto de Park Avenue, en su recorrido directo hacia la Gran Central de Nueva York, cuando ocurrió el hecho.

En uno de los coche-cama viajaba una mujer. Una muchacha. Una damita de dieciocho años.

Acababa de cumplir su mayoría de edad; aquélla era la primera vez que se podía permitir el lujo de viajar completamente sola, sin la ayuda de la «carabina», dispuesta por papá^[1].

En la única maleta que llevaba como equipaje, estaba casi abarrotada de novelas de misterio y policiacas.

En la mano, mientras que el tren iba disminuyendo paulatinamente la velocidad, leyéndola con inusitado interés, llevaba otra, y quizás aquello fue lo que motivó lo que siguió después.

El tren entró en la estación de la 125th Street y se detuvo.

El coche cama quedó encajonado, si se puede decir así, entre una pared que, a pesar de su altura, dejaba ver con perfecta claridad las iluminadas ventanas de algunos de los apartamentos.

Una de ellas, obra de la casualidad, claro, quedó a la altura de los ojos intensamente negros de la damita.

Una rubia.

Con un magnífico pelo peinado un tanto hacia atrás, un pequeño moño, una cinta azul sujetándolo, y luego una pequeña cola de caballo.

Frente amplia, denotando inteligencia, nariz fina, recta, boca roja, sensual, un hoyito en la comisura de la misma y un redondito y voluntarioso mentón.

Senos altos, firmes como una roca, orgullosos, estrecha la cintura y las piernas largas y bien torneadas, magníficas.

Unos dieciocho años llenos de perfección.

Al detenerse el tren, ella hizo exactamente lo que hace toda persona cuando viaja y éste se detiene en cualquier estación. Por tanto, Elsa Presley, de los Presley & Hermanos de Albany, no podía ser menos que nadie.

Cerró la novela y miró.

La luz del interior del coche cama dificultaba la visión, pero por lo pronto, Elsa no se apercibió de ello.

Sus ojos fueron hacia las ventanas de los apartamentos, con preferencia al que quedaba directamente frente a frente del departamento que ocupaba en el tren.

Había dos personas.

Una era un hombre. Eso era indiscutible. La otra, que gesticulaba frente al hombre que permanecía sentado, tal vez en un sillón, lo que no podía ver debido a la altura de la ventana podía ser una mujer o un hombre. La especie de trinchera que llevaba podía pertenecer al género femenino o al masculino, sin que pudiera precisarlo debido a la distancia, a la luz del coche cama, y la oscuridad de la noche que había más allá.

La damita rubia desorbitó los ojos y por su mente juvenil desfilaron escenas pasadas de novelas que había leído o películas policíacas que había visto cuyos personajes la fascinaban desde que tenía uso de razón, y aquéllos brillaron con inusitado interés pensando en que tal vez iba a presenciar algo jamás visto.

Y lo vio.

Pero no fue al instante.

Las dos personas estaban discutiendo acaloradamente.

Elsa veía cómo la que estaba sentada sacudía la cabeza de un lado a otro, en ademán negativo, en tanto que la otra gesticulaba cada vez con mayor cólera.

¿Qué iba a ocurrir allí?

Posiblemente nada, pero Elsa pensó lo contrario justo en el momento en que caía en la cuenta de que la luz que brillaba en el coche cama dificultaba su visión por lo que alargó las piernas, que llevaba recogidas bajo su hermoso y juvenil cuerpo de sirena, se levantó y la apagó.

Casi en el acto se encontró en la ventanilla. El cuadro no había cambiado.

Las dos personas continuaban discutiendo acaloradamente hasta que de pronto, la que permanecía sentada se puso en pie encarando la ventana del apartamento, miró el tren detenido y a continuación se acercó a la misma y corrió las cortinas.

Elsa suspiró cuando perdió visibilidad y achicó los ojos intentando taladrar la oscuridad, hasta que se dio perfecta cuenta de que si bien ya no veía con la misma claridad, las dos personas que había en aquella estancia quedaban desdibujadas, sí, pero sus sombras se captaban perfectamente.

El libro, la novela policíaca que había estado leyendo hasta entonces estaba caído junto a sus pequeños pies calzados con zapatos de alto tacón, pero ella ni se dio cuenta de ello.

Ahora, la sombra, la que había permanecido sentada hasta entonces, se había vuelto de espaldas y al parecer estaba contemplando algo que había en una estantería situada a un extremo de la estancia.

La otra, siempre detrás, gesticulaba y gesticulaba.

Súbitamente empezó a acercarse a su espalda y Elsa creyó distinguir que llevaba algo en una de las manos.

Se mordió los puñitos intentando ahogar un pequeño grito cuando aquélla la levantó dejándola caer.

Casi al instante la figura del hombre se tambaleó.

En aquel momento el tren se puso en marcha y primero lentamente, luego más rápidamente, la ventana fue quedando atrás.

Elsa dejó de morderse los puños durante un par de minutos y luego notó que estaba temblando de pies a cabeza. Se puso en pie con trabajo, ya que sus hermosas extremidades parecían negarse a sostenerla, y siempre vacilando, encendió la luz.

Entonces dejó de temblar.

Miró a todos lados. Al mango de la señal de alarma y por espacio de varios segundos, estuvo luchando consigo misma entre tirar del mismo y detener el tren o no hacerlo.

Optó por lo último.

Había presenciado un asesinato. Sí, desde luego, pero ¿dónde? Muy cerca de la estación de la 125. Eso era cierto. No obstante, ¿en qué casa?

Elsa sacudió su cabellera rubia y sus hermosos y rasgados ojos negros, parpadearon asombrados, como dudando de lo que acababa

de ver.

Se encontraba aún sorprendida, cuando la puerta del coche cama se abrió para dar paso a uno de los empleados del tren. El encargado de los coches cama.

La miró con la sonrisa en los labios y preguntó después de saludar.

—¿La ayuda con el equipaje, *miss Presley*? Estamos llegando a la Gran Central.

Lo mismo que una fiera, así se volvió Elsa a mirarle, encarándole, mirándole con sus profundos y enigmáticos ojos negros, y luego, tranquila ya, un suspiro se escapó por entre sus labios, mientras que la palidez de su hermoso rostro iba desapareciendo paulatinamente.

El empleado se acercó solícito al reparar en ello.

—¿Le ocurre algo? ¿No se encuentra bien, *miss Presley*?

La damita se pasó la mano por la frente como intentando apartar de ella la multitud de ideas que se agolpaban en la misma, y preguntó a su vez:

—¿No ha visto nada? ¿No estaba mirando por la ventanilla cuando el tren se detuvo en la 125th Street?

El empleado la miró con asombro.

—No. Desde luego, no. ¿Por qué?

Elsa se acercó a él con los ojos muy abiertos.

—Pues yo sí. Y han matado a un hombre. Le he visto con mis propios ojos desde esta ventanilla —la señaló—. Haga algo, por favor. Avise a la policía, a quien sea.

El empleado sonrió con suficiencia.

—¿Está segura, *miss Presley*? Elsa se sulfuró.

—¡Pues claro que sí! ¡No lo he soñado! ¡No acostumbro a tener pesadillas! ¡No las he tenido nunca! Por otra parte, tampoco estoy loca. Lo he visto tan claramente cómo le estoy viendo a usted.

—Bueno... bueno... haré lo que pueda —vaciló unos segundos mientras ella se daba cuenta de que no era creída y volvió a preguntar—: ¿La ayuda con las male...?

Elsa le atajó con un gesto despectivo, señalándosela.

—No tengo nada más que ésa —dijo—. Gracias.

El empleado la tomó, giró en redondo y con la misma mano, se acercó a la puerta. No llegó ya que en aquel momento, la damita

preguntó a su espalda:

—Entonces, ¿no va a hacer nada?

—Siempre muere mucha gente en Nueva York, *miss Presley*, y la mayoría de muerte violenta.

Luego, como si no pudiera resistir el brillo de aquellos grandes ojos negros, ni el reproche que veía en ellos, los desvió al suelo y vio la novela.

Abrió mucho los ojos, sonrió con suficiencia y dando media vuelta volvió a encaminarse hacia la puerta.

—Nunca creí eso de usted, *miss Presley* —dijo cómo despedida. Cruzó el umbral cuando Elsa dio un nuevo estallido al comprenderle:

—¡Es usted un imbécil! ¡Un solemne imbécil!

A continuación se preparó para descender del tren pensando en Roger Haskell y en su esposa Cora. Él era representante de su padre en Nueva York y en cuya casa iba a pasar unos días, pero en completa libertad.

De eso iba a encargarse ella.

CAPÍTULO PRIMERO

Todo esto lo supe bastante después.

Una mañana quince o dieciséis días más tarde. Al entrar en mi oficina de la calle 33 Oeste.

Eve, mi morena, hermosa y complaciente secretaria, me salió al paso, viniendo de su despachito, me saludó dándome un beso en la oreja, zafándose en el acto de mí cuando intenté corresponder, pero con muy mala intención, y dijo:

—En su despacho hay una cría que le está esperando, John.

Ése soy yo. Un hombre como otro cualquiera. Un tipo como hay muchos en Nueva York. Un detective privado, como reza la placa esmaltada en negro que hay a la entrada de mi oficina.

Clavé mis grises ojos en la explosiva figura de mi secretaria y pregunté:

—¿Una cría?

—Sí, eso dije. Una chiquilla rubia... que tiene más fachada que yo. ¡Diablos, John! Es un verdadero bombón. Y tenga cuidado con ella. Lleva un peligro nacional en todas sus curvas y en sus piernas.

Se miró las suyas, levantándose un poco la falda, y añadió, después de quedar unos instantes pensativa.

—¡Como que son mejores que las mías, querido!

Aparté los ojos de aquellas hermosuras, seguro que me iban a cortar la respiración y pregunté:

—¿Que quiere?

—No lo sé. No me lo ha querido decir. Dice que es importante y que si se hace cargo del asunto va a ganar un montón de dólares. Está dispuesta a pagar lo que usted le pida sin tasa alguna.

No sé por qué dije aquello, pero lo dije.

—¿Alguna chiflada?

—¿Chiflada? Si lo es, soy capaz de comerme el bolígrafo, John. No, no es una chiflada. Apuesto a que es muy inteligente, que tiene un montón de dólares, la imaginación un tanto calenturienta y una dama —me miró, pensativa de nuevo, y añadió—: Una joven damita, John. Pero bueno, en vez de estar charlando aquí conmigo, ¿por qué no entra en el despacho para ver qué quiere?

Aquello era una razón de peso.

Por lo tanto, y ya que se encontraba fuera de mi alcance me limité a lanzarle un beso con la punta de los dedos, que devolvió en el acto, di media vuelta, abrí la puerta de mi despacho y crucé el umbral.

No se levantó al verme.

No hizo un solo movimiento ni aún para recogerse un tanto la falda, a medio muslo debido a la postura que tenía sobre el sillón, mostrándome casi en su totalidad unas piernas como no había visto otras, a pesar de que como dijo Eve, era muy joven.

Tal vez demasiado, según mis propias ideas.

Al llegar a este punto de mis pensamientos, avancé unos pasos, sonriendo, pero ella no me devolvió la sonrisa.

Permaneció mirándome fijamente, con el cigarrillo en la mano derecha, hasta que preguntó:

—Usted es míster John Dereck, ¿verdad? Sonreí de nuevo.

—Soy ese que dice, *miss*...

Me lanzó una mirada displicente, descruzó las piernas para cabalgar la una sobre la otra, con lo que el espectáculo fue aún mucho más interesante y contestó:

—Me llamo Elsa Presley, de Albany. De los Presley & Hermanos

de Albany, si sabe lo que quiere decir —continuó con cierto deje de orgullo—, y quiero contratarle a usted como detective privado.

Sin apartar mis ojos de ella, de su rostro que, aunque muy hermoso no era tan peligroso como lo demás, repliqué:

—¿Qué edad tiene usted?

Arqueó levemente una de sus finas y elegantes cejas rubias y exclamó:

—¡Ah, vamos...! Soy mayor de edad, si eso es lo que le preocupa. Cumplí dieciocho el mes pasado. Por eso estoy en Nueva York. Dejé la tutela de papá por unos días y me vine aquí. Pero... —

vaciló y luego, con un gracioso y elegante gesto de su brazo me indicó mi propio sillón, situado detrás de la mesa despacho—. Siéntese, por favor, no me agrada verle de pie frente a mí.

Hice de tripas corazón y rodeé la mesa, perdiendo por tanto, el fascinante espectáculo de sus piernas y me senté, mirándola por encima de la misma.

Pero no añadió una palabra más a lo dicho, si bien noté que, sin recato alguno, sus rasgados e insondables ojos negros me asaeteaban, estudiándome, por lo que pregunté:

—Bien, *miss* Presley, ¿para qué quiere a un detective privado? Fumó en silencio unos cuantos segundos más y contestó:

—Voy a denunciar un asesinato.

Su fría calma, al expresarse, me sobresaltó.

—¿Sí? —pregunté.

Saltó sobre el sillón, como si de pronto, en el fondo de éste hubieran brotado alfileres y se puso en pie. Rodeó la mesa y se me acercó, poniendo una de sus manos sobre el brazo del sillón donde me sentaba, y me vi escudriñado por sus negros ojos hasta lo más recóndito de mi mente.

Mientras lo hacía preguntó con la voz un tanto ronca:

—Usted tampoco me cree, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso y...

Me interrumpió con los ojos brillantes.

—No, desde luego, no; pero lo está pensando. Hubo una pausa entre los dos que rompí yo mismo:

—Correcto, *miss* Presley, continúe, por favor. Aunque no lo crea, me interesa el asunto.

Ella vaciló como si tratara de coordinar sus ideas y así debía ser, ya que tardó en responder mucho más de lo que yo esperaba.

Primero apartó la mano del brazo del sillón, dejó de mirarme, retrocedió, y nuevamente se sentó en el sillón que ocupara con anterioridad.

Desde allí me miró.

—Vi cometer un asesinato, míster Dereck. En la estación de la 125th Street, y nadie quiso hacerme caso cuando lo conté. Ni míster Haskell y su esposa.

—¿Quiénes son?

—¿Eh? Bueno, el representante de la firma de mi padre en

Nueva York... Es allí donde permaneceré durante mi estancia aquí.

Pensé rápidamente y de resultas de estos pensamientos pregunté:

—Explíquese, pero despacio, *miss* Presley. ¿Qué fue lo que vio?

—Fue a través de la ventanilla del tren, y justo cuando se detuvo en dicha estación... Acto seguido, cuando terminó de hacerlo, pregunté:

—¿Por qué no ha ido a la policía?

Sonrió mostrándome una doble hilera de dientes pequeños, perfectos y blancos. Como el anuncio de un dentífrico.

—¿Quién le ha dicho a usted que no he ido, *míster* Dereck? Claro que lo hice, a pesar de la oposición de *míster* Haskell y de Cora, su esposa. Se rieron de mí. Se han burlado en todas partes y me temo...

Se interrumpió, mirándome fijamente, desasosegándose con sus ojos enormemente negros, con el misterio que emanaba de ellos. Ojos insondables, desasosegantes...

—¿Qué es lo que teme usted, *miss* Presley? —pregunté.

Se retrepó contra el respaldo del sillón y los pujantes senos atirantaron la tela de la escotada blusa con que los cubría, y contestó:

—Que tampoco me crea usted.

—¿Por qué?

Abrió el bolso, introdujo la mano dentro y extrajo un trozo de papel de periódico.

De nuevo se puso en pie y de nuevo, por segunda vez, vino a mi lado y me lo mostró.

—Sencillamente por esto que hay aquí, pesquisa —dijo suavemente.

Mis convicciones vacilaron cuando abrí el doblado papel al comprender o creer comprender lo que ella me quería decir.

Era la fotografía del rostro de un hombre.

En primera plana del «Mirror», con los grandes epígrafes en negro que anunciaban la muerte de uno de los magnates de Wall Street. De uno de los magnates del acero.

Empecé a leer las letras de imprenta, inverosímilmente pequeñas.

Del relato del periodista se desprendía que *míster* J.

H. Fox

había muerto en su quinta de recreo de la carretera 53 Oeste, víctima de un accidente que a todas luces resultaba mortal.

El sepelio y el entierro del difunto se había efectuado dentro de las treinta y seis horas siguientes. Por tanto, ya databa de unos cuantos días atrás.

Doblé la hoja de papel y al mirarla me encontré con los obsesionantes ojos negros fijos en los míos, y antes de que pudiera decir nada, Elsa pregunto:

—Tampoco me cree, ¿verdad? Sí, claro, es lo que esperaba. Tardé unos segundos en contestar.

—No me irá a decir que...

—Exactamente eso que está pensando, míster Presley —atajó—. El hombre que vi asesinar es ése que está ahí, en primera plana, muerto, según dicen, en accidente. Y yo... yo vi cómo le mataban. Pudieron hacerlo con un puñal o golpeándole la cabeza con algo, aunque yo creo que fue lo segundo. No... no puedo afirmarlo con seguridad, ya que él mismo corrió las cortinas de la habitación donde se encontraba y sólo pude ver su silueta unos segundos antes de que la persona que discutía con aquél le agrediera.

Estuvimos en silencio por espacio de más de un largo minuto, en el transcurso del cual, Elsa volvió a abrir el bolso para sacar el paquete de tabaco y encender un cigarrillo con un bonito encendedor de oro.

¡Posiblemente un «Dupont» de importación francesa! Y mentalmente me pregunté cuánto podía haberle costado.

De mis pensamientos me sacó la damita con una nueva pregunta que en realidad era la misma.

—No me cree usted, ¿verdad?

Por el momento no supe qué replicar.

Y confieso que tuve que pensarlo mucho antes de decir:

—La verdad, y convenga conmigo en ello, *miss* Presley, que no es para creerlo.

Se puso en pie sin replicar, dio media vuelta y mientras sin poderlo evitar miraba alejarse sus fascinantes curvas, se encaminó hacia la puerta de salida.

Al poner la mano en el tirador fue cuando salí de mi abstracción y la llamé:

—¡Miss Presley!

Se volvió dándome la impresión de que en vez de encontrarme en presencia de una damita de no más de dieciocho años, tenía ante mí a un crótalo.

A una serpiente de cascabel.

—¿Qué diablos quiere ahora, míster Dereck?

No era, indudablemente, la pregunta que efectuaría una dama pero lo achaqué a la excitación del momento.

Por tanto contesté:

—Que se siente... por favor. Me miró curiosamente y lo hizo.

—¿Qué quiere?

Era casi la misma pregunta anterior, dicha de otro modo y con otra entonación y contesté.

—Que haga lo que le he dicho, y que conteste a unas cuantas preguntas. Pero no se sulfure por las mismas, *miss* Presley. Me lo promete, ¿no?

La vi vacilar unos segundos, al cabo de los cuales replicó:

—Correcto, míster Dereck. No lo haré, si a su vez me promete una cosa: Que diga lo que yo diga, usted no se burlará de mí.

Confieso sin rubor alguno que el asunto me interesaba. Es decir; más que interesarme picaba un tanto mi curiosidad y como no tenía nada que hacer por el momento había decidido escucharla un poco más.

Perder un poco de más tiempo con ella, aunque sólo fuera por las magníficas piernas que tenía.

—No me burlaré, *miss* Presley —repliqué todo lo más seriamente que pude.

Entre los dos siguió un extraño silencio que Elsa se encargó de romper al cabo de unos segundos:

—Voy a pagarle diez mil dólares ahora mismo, para que investigue el asunto, pesquisa —dijo ante mi estupor que casi me hizo dar un salto sobre el sillón en que me sentaba—, más gastos. Al terminar, tanto si me he equivocado como si no, le daré otros cinco mil como premio. ¿Acepta?

Estaba abriendo el bolso mucho antes de que yo pronunciara una sola palabra como respuesta a su pregunta.

Y contó diez mil quinientos dólares que depositó sobre la mesa frente a mis narices.

—Diez mil dólares más quinientos para gastos o —explicó—. Eso contando con que acepte, ¿no?

Tomé los billetes, abrí el cajón central del despacho y los guardé. Al instante Elsa preguntó:

—¿Qué es lo que piensa hacer, míster Dereck? Sonreí.

—Investigar. Sólo eso, *miss* Presley —hice una pausa y pregunté a mi vez—. En un momento dado, ¿dónde podré verla?

La damita me devolvió la sonrisa y desvió sus desasosegantes ojos de los míos tal vez porque se daba cuenta de lo mucho que me estaba gustando. De lo que estaba deseando hacer... sin poder hacerlo ni mucho menos.

—Comprendo, míster Dereck —contestó—. ¡Ah! Puede telefonarme —me dio un número y mientras lo anotaba añadió—: Si no es absolutamente necesario no venga a buscarme a casa de míster Haskell. Sería capaz de telefonar a papá, con lo que tendría que abandonar Nueva York si no quería pelearme con él.

Se puso en pie y me apresuré a imitarla. Rodeé la mesa y con hartó sentimiento mío la acompañé a la puerta y luego de tenderme la mano, que estreché con la mía, salió dejándome solo.

Fue por poco tiempo.

Eve apareció entrando sin llamar y al verla la admiré una vez más, de pies a cabeza.

Alta y hermosa. Morena como ya he dicho. De senos altos y pujantes, estrecha cintura y piernas largas y bien torneadas cubiertas de caro nylon en todas las épocas del año.

Sus grandes y rasgados ojos verdes me miraron desde la puerta de mi despacho y casi al instante me vino su pregunta:

—¿Por qué ha aceptado este caso, John? No me gusta. No, no me gusta en modo alguno.

—De algo tengo que comer y mantener a una secretaria, ¿no?

—Sí, claro. Pero...

—Vamos, Eve —dije—. ¿Qué es lo que la preocupa?

Me sonrió, vino a mi lado, se sentó en el brazo del sillón, me ofreció los labios y después de habernos besado contestó:

—Esa niña. Esa pequeña damita rubia. Le va a meter en un lío.

—Todos los asesinatos son un lío, preciosa.

—Sí, claro, pero... Bueno, no me gusta y... Eso es todo.

—Es una buena razón, linda —contesté burlón—. La mejor de

todas. Arqueó una ceja.

—Continúe burlándose de mí, pesquisa. Hágalo, pero el asunto no me...

—Gusta —atajé completando su frase—. Y, ¿le gustaría que comiéramos hoy juntos? Saltó del brazo del sillón al suelo.

—Deme tres minutos para que me arregle un poco, John —dijo. Y empezó a arreglarse las medias.

CAPÍTULO II

Dos horas más tarde dejé a Eve en la puerta del edificio donde tenía instaladas mis oficinas, sin besarla, por aquello «del que dirán», ya que estábamos en medio de la calle, y lentamente me encaminé al garaje donde guardaba mi coche.

Empuñé el volante del «Jaguar» y a través del intenso tráfico del mediodía busqué la salida de Nueva York por la carretera 53 Oeste.

Media hora más tarde desvié el coche y lo hice entrar en el bien pavimentado camino que desde la carretera conducía a la finca de los H. Fox.

Lo detuve frente a la entrada con suelo de mármol, escalones de mármol y el gran porche con cuatro columnas también de mármol.

Avancé hacia la puerta sin una sola vacilación y pulsé el botón del zumbador.

Nadie contestó a mi llamada por lo que insistí dos o tres veces más con el mismo resultado.

Me decepcioné.

Había hecho unas cuantas millas para nada y me culpaba de ello. Podía haber telefonado desde Nueva York y me hubiera ahorrado el viaje.

Pensando en que la próxima vez lo haría, fui a dar media vuelta para dar la espalda a la puerta cuando detrás mío oí la voz de una mujer.

—Dentro de la finca no hay nadie. No hasta la noche. Pero...

Me volví sorprendido, y creo que hasta abrí la boca con asombro. La mujer tendría de veinte a veintiún años.

Alta, casi tanto como Eve, pelirroja, ojos pardos oscuros, casi negros, y estaba en «bikini».

Un «bikini» blanco que realzaba en maravillosa forma el color

moreno de su piel y todas y cada una de sus detonantes curvas.

Piernas largas, hermosas, perfectas hasta la exageración.

Una espléndida figura de mujer. Mareaba, se la mirara por donde se la mirara y ella lo sabía.

Su sonrisa, el brillo especial de sus ojos, la sonrisa que había en su boca roja y sensual lo pregonaban a mil millas de distancia.

Sabía que era muy hermosa y procuraba sacar partido de ello a las primeras de cambio.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? —preguntó repentinamente cortando el hilo de mis pensamientos—. Es decir, si puede contestar. Y por favor, no mire tanto mis piernas. Se está dando un atracón con ellas.

Solté un respingo y ella echó la cabeza atrás para reír alegremente mostrándome su morena y bella garganta.

Y me ocurrió lo que no me había ocurrido con la rubia damita. Deseé besarla como no había deseado besar a nadie.

—¿No me contesta? —preguntó con burlona ironía.

—Busco a alguno de los familiares de J.

H. Fox.

—¿Sí? ¿Y qué desea? ¿Es usted periodista? Si es así le diré que...

—No soy periodista —atajé.

—¿Policía?

—Tampoco, *miss*...

—Margaret H. Fox —contestó—. Pero puede llamarme Maggie. Todo el mundo lo hace. Y ahora, sabiendo esto, quiere responderme de una vez quién es usted y qué es lo que quiere con respecto a mi difundo padre.

Tragué saliva.

No por la sorpresa que recibí al saber que ella era la hija de aquel magnate del acero sino porque me daba cuenta de que por muchos esfuerzos que hacía no podía apartar mis ojos de ella.

De sus piernas de ensueño. De su deliciosa figura.

Por fin, haciendo un esfuerzo contesté:

—Me llamo John Dereck y soy detective privado, Maggie. Me miró con interés.

—¿Y bien? —preguntó.

—Alguien me contrató para que investigara en torno a la muerte

de su padre, y por eso...

Me atajó con un gesto en tanto sus ojos brillaban aún más. Luego, ante mi estupor, se me acercó tomándome por un brazo.

—Venga conmigo hasta la piscina, pesquisa —sonrió—. Me estaba bañando, vi el coche y me apresuré a venir. Vamos, venga.

Tiró de mí y noté el suave calor de su maravilloso cuerpo de sirena cuando echó a andar.

Me condujo a la parte posterior de la quinta y por entre los árboles a la sombra de los cuales, y bajo los mismos, en un pequeño claro, había una piscina en forma de corazón.

Me señaló una pequeña sillita de mimbre, al borde mismo de la piscina, soltó mi brazo e invitó:

—Siéntese, John. Lo hice.

Maggie me imitó haciéndolo en el suelo cruzando debajo de su cuerpo sus maravillosas piernas de largos y perfectos muslos y me miró fijamente.

Pero ahora sus ojos estaban en guardia y su hermoso rostro de querubín pelirrojo completamente tenso.

—Explíquese, John —dijo—. Le escucho. Pensé velozmente haciéndome preguntas.

¿Qué iba a ocurrir si le contaba la verdad? ¿Cómo reaccionaría? Y si no lo hacía de ese modo, ¿qué infiernos de historia iba a contarle que resultara lógica?

No lo sabía.

Tampoco estaba en situación de pensar alguna de un modo rápido y seguro por lo que opté por decirle la verdad.

—Mi cliente, Maggie, asegura que su padre fue asesinado. Nadie la ha creído y por eso recurrió a mí. Ahora, si me lo permite, me gustaría hacerle unas preguntas.

Lo dije mirándola fijamente pero su bello rostro, conjuntamente con sus ojos, permaneció completamente impasible.

—Todo a su tiempo —contestó—. Por ahora, si quiere, la que puede preguntar soy yo.

Soy la interesada, ¿verdad?

Sin saber a dónde quería ir a parar contesté:

—Correcto. Empiece cuando quiera.

Sin dejar de mirarme fijamente formuló lo que pudiéramos llamar las dos primeras de la serie:

—Usted dice que nadie ha creído a su cliente, ¿verdad? Eso quiere decir que también fue a la policía. No obstante usted sí le creyó. ¿Por qué?

—No me pagan por creer o dejar de creer una cosa, Maggie —contesté—. Por tanto no puedo responder a la pregunta sin faltar a la verdad. Lo hacen... para que investigue.

—Sí, lo supongo —replicó ella pensativamente—. Y usted va a investigar un absurdo.

—¿Absurdo? ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que mi padre murió víctima de un accidente. Cayó rodando por la escalera y se mató. Eso fue todo.

Hablaba tranquila, sin alteraciones en la voz cuando mencionaba la muerte de su padre. Sin un solo temblor, sin que su rostro acusara la pena que debía sentir por la pérdida, si es que la tenía.

—¿Usted lo vio caer?

—No. Nadie de los que estábamos aquí le vimos, John.

—¿Cuándo ocurrió el hecho?

Maggie dio la fecha exacta que coincidía con la que Elsa me había dado a mí. No obstante la segunda aseguraba que vio cómo le mataban en la 125 th Street y la primera, su propia hija, que había muerto en aquélla, finca.

Maggie estaba mirándome fijamente por lo que repliqué dando de lado a mis pensamientos.

—Mi primo Rod descubrió el cadáver por la mañana tan pronto como se levantó, como le digo, al pie mismo de la escalera. Avisamos a la policía, luego le hicieron la autopsia y dictaminaron fractura de cráneo.

Así, sencillamente, con absoluta tranquilidad, como si careciera de sentimientos humanos.

Y mientras pensaba en ello Maggie formuló una pregunta:

—Su cliente, ¿qué fue lo que le dijo, John?

—Que vio como mataban a su padre en la estación de la 125 th Street, Maggie.

—Eso es de lo más absurdo que he oído en mi vida.

—No estoy yo tan seguro, muchacha. El interés de sus ojos se avivó.

—Explíquese, pesquisa —dijo.

—Alguien, con un buen coche, pudo trasladar el cadáver de su padre hasta aquí, y dejarlo en la escalera.

Justo al pie de la misma para dar al falsa impresión de que había rodado por la misma. Ahora si logré que el rostro de Maggie cambiara de expresión, aunque sólo fue cuestión de unos segundos.

Luego repitió:

—Explíquese, pesquisa.

—No hay nada que explicar, linda —contesté—. Es una idea. Una sencilla y simple idea mía que puede o no puede ser cierta.

Me miró fijamente, fue a replicar y entonces la atajé con una pregunta:

—Su primo, míster Fox, ¿vive en la finca? Me miró suspicaz y contestó:

—Claro. En unión de su hermana Dora y de Glen M. Fox, éste último primo de nosotros en segundo grado.

—¿Hace mucho que viven aquí? Se rió de mí.

—¡Claro! Un montón de años. Se puede decir que desde que tienen uso de razón.

—¿Alguien más?

Margaret me contestó con otra pregunta:

—¿Es que sospecha que alguno de mis primos fue el que trasladó el cadáver hasta la finca?

—Pudo hacerlo, ¿no?

—No. ¡No, y mil veces no, pesquisa! ¿Por quién toma a mis familiares? No creeré eso nunca. Conque en la 125 th Street, ¿no? Su cliente está loco.

Sonreí.

Aquello también podía responder a la realidad pero no iba a ser yo quien se lo dijera a ella.

Contesté pues dando de lado a sus preguntas:

—¿Quién faltó aquel día de la finca, Maggie? Burlonamente me devolvió la sonrisa.

—Todos faltamos aquel día. Como casi todos, John. Yo soy la única que se queda la mayoría de ellos, pero el día en que papá murió no lo hice.

—¿Sabe si él también la abandonó?

—Sí, claro.

—¿Le vio regresar?

—No. Volví muy tarde. Tanto, que los demás ya estaban acostados cuando llegué. Por tanto no vi a nadie.

—¿Sabe si alguien vio a su padre?

Sus ojos pardos se clavaron con insistencia en los míos y me mostró sus dientes blancos como perlas en una sonrisa, y contestó, haciéndome pegar un salto sobre la sillita de mimbre:

—¿Sabe en lo que estoy pensando, John? No, ¿verdad? Pues se lo voy a decir. ¿Por qué no viene esta noche a la finca? Será usted mi invitado de honor y de paso podrá fisgar un poco. Ciertamente sufrirá una decepción ya que no podrá ver mis piernas debido al vestido. Sé que le gustan. Continúa atracándose con ellas.

—Son hermosas —dije como un imbécil ya que ella, como tenía pensado, lo sabía de sobra—. Cualquiera día se las pediré, Maggie.

Se echó a reír y sacudió la cabeza de un lado para otro.

—¡Oh, no! —contestó—. Nada de eso. ¿Y sabe por qué? Porque al cargar con ellas tendría que cargar conmigo.

Estuve tentado de reír yo también, pero no lo hice. Simplemente repliqué:

—Correcto, Maggie, dejaré sus piernas y venderé esta noche —hice una ligera pausa y pregunté—: ¿Qué clase de fiesta es?

Abrió mucho los ojos.

—No se trata de una fiesta —entornó los ojos mirándome por entre sus tupidas y pelirrojas pestañas—. No lo haría por nada del mundo debido a la muerte del pobre papá. Yo... Bueno, voy a presentarle a usted como a un amigo de Chicago. Estuve allí una vez, ¿comprende? Por tanto no hay nada de extraño en ello. En mi invitación, quiero decir. Y se quedará aquí el tiempo que estime por conveniente —sonrió añadiendo—: Pero tendrá que tener cuidado con Dora.

—¿Por qué?

—¡Oh! Es peligrosa. Le gustan los hombres como usted, John. Y tiene más carrocería que yo misma.

—¿Más piernas también? —pregunté señalando las suyas con todo descaro.

Rió de nuevo, como si la muerte de su padre no la afectara demasiado aunque tanta repetición resulte cargante y contestó:

—¡Claro que sí! Ya tendrá tiempo de darse cuenta de ello. Dora es de aquellas que le gusta lucirlas. Por tanto siempre o casi siempre

usa «*shorts*». Los más cortos que puede encontrar en el mercado.

Se levantó y la imité.

Quedamos frente a frente, mirándonos como lo que éramos, dos desconocidos.

—De acuerdo, linda —dije—. ¿A qué hora puedo venir?

—Sobre las nueve o las diez. Es una buena hora.

Me acompañó hasta el coche y me tendió la mano que estreché. Empuñé el volante y al hacerlo introdujo la cabeza por la ventanilla.

—No deje de venir, John —recomendó con una sugestiva sonrisa—. Puede que esta misma noche usted y yo podamos hablar de algo interesante.

—¿Qué es ello? —pregunté curioso.

Su sonrisa se amplió, sacó la cabeza de la ventanilla y replicó:

—Luego, pesquisa.

Me tiró un beso con la punta de los dedos, dejándome asombrado, y dio media vuelta y una vez más admiré el felino movimiento de su cuerpo de sirena cuando se alejó, y sus maravillosas piernas morenas y desnudas.

Envidié el agua porque ella la acariciaba y yo no podía. Di el encendido, arranqué y me fui de allí con la mente hecha un caos.

Pensando en los personajes que se movían dentro de aquella gran finca y los motivos que uno de ellos habría tenido para asesinar el viejo J.

H. Fox,

si es que podía dar crédito a las palabras de mi damita rubia.

Anohecía cuando entré en la oficina.

Eve me mostró su serio rostro desde detrás de la máquina de escribir y empecé a andar hacia ella pero me hizo un gesto señalando la puerta de mi despacho privado.

—Esa pequeña dama está de nuevo ahí, John —dijo. Me detuve en seco.

—¿Qué quiere?

—No lo sé, pero al parecer... Bueno, ya la verá. Viene de tiros largos, ¿comprende?

—¿De...? No, no la comprendo, Eve. ¿Qué quiere decir? Me sonrió con suficiencia.

—¡Oh! Al parecer va a alguna fiesta o desea que usted la

acompañe a cualquier lugar. Lleva una estola que vale un capital y un vestido de semi noche que... me río yo de las artistas de Hollywood. Vamos, ¿a qué espera para verla?

Hice una mueca recordando, a Margaret H. Fox, retrocedí unos pasos, empujé la puerta de mi despacho sin pronunciar una sola palabra más y entré.

En el acto sus desasosegantes ojos se clavaron en los míos y su pujante seno se distendió cuando se puso en pie y suspiró.

—Creí que ya no vendría —dijo. La miré de pies a cabeza.

Sencillamente fascinaba.

—¿Ocurre algo, *miss* Presley?

Ella se me acercó tanto que la rocé, levantó su delicioso rostro hacia el mío y respondió:

—Nada de eso, Dereck. Se trata, sencillamente, que quiero ir a cenar a cualquier club nocturno y he pensado que me acompañe usted. Es decir... —vaciló unos segundos mientras su rostro se coloreaba un poco y añadió:

—Es decir, si no tiene usted otro compromiso. Lo tenía.

Estaba pensando en Maggie cuando repliqué:

—Es caso es, *miss* Presley, que efectivamente, para esta noche, lo tengo.

Vi la decepción en sus hermosos ojos y como luego fruncía el ceño y me preparé para capear el temporal si es que venía, pero no vino.

Elsa no dijo nada, permaneció en silencio, frente a mí, rozándome con sus dieciocho años, explosivos en demasía, y un largo silencio reinó entre los dos.

CAPÍTULO III

Lo rompí yo, quizás con la voz un tanto alterada. Estaba muy cerca de mí, como ya he dicho, y era endiabladamente hermosa, como también he dicho un sin fin de veces, ¿no?

—Crea que...

Me atajó secamente.

—Siento haber perdido mi tiempo, míster Dereck, perdone.

Dio media vuelta y logré detenerla un segundo antes de que la abriera.

—Un momento, *miss* Presley.

Se volvió clavando en los míos el misterio de sus ojos negros.

—¿Sí? —preguntó.

—¿No le interesa saber con quién tengo la cita?

—¿Acaso lo cree usted? Pues si es así, se equivoca, aunque en mi fuero interno creo que será con su secretaria.

Sonreí.

—Estoy trabajando para usted, *miss* Presley, y mi cita es precisamente por...

Se acercó a uno de los sillones, se quitó la estola de los hombros y pude darme cuenta de que el vestido que llevaba, por la parte delantera, apenas si dejaba algo para la imaginación.

Acto seguido se sentó, cabalgó desenfadadamente una pierna sobre la otra y mientras me daba aquel fascinante espectáculo preguntó:

—¿Qué ha descubierto? ¿Con quién es la cita?

—Con *miss* Margaret H. Fox, la hija del muerto. La hija del hombre que usted vio asesinar en la estación de la...

Se levantó de un salto y vino hacia mí, prendiéndome por las solapas de la chaqueta.

—¡Dereck... por favor! ¿Por qué no me lleva con usted?

—Porque la invitación es en la finca de *miss* H. Fox y no ha sido extensiva a nadie más que a mí.

—Sí, pero... Escuche, Dereck, si es allí, puede presentarme como cualquier cosa suya, ¿comprende? Yo... puedo ayudarle. Y... bueno, si veo que pone mala cara me voy y en paz. ¡Lléveme!

—¿A qué se debe ese interés, *miss* Presley? —pregunté mirándola fijamente a los ojos y sin que ella soltara las solapas de mi americana—. La verdad es que no me lo explico. Ni eso, ni que pagara diez de los grandes por mis servicios sólo para descubrir un problemático asesinato que ni le va ni le viene.

Aguantó el chaparrón de palabras sin un solo parpadeo y luego contestó:

—Quiero burlarme personalmente del teniente O'Hara

del Departamento de Homicidios, como él se burló de mí cuando fui a denunciar el hecho.

—¿Sólo por eso?

Levantó su redondito mentón hacia mí en gesto en evidente desafío.

—Aunque no me crea, Dereck, ésa es la verdad. No estoy acostumbrada a que nadie se burle de mí y ese tipo lo hizo. ¿Cuestión de amor propio? Quizá sí. Ahora usted decide.

Pensé rápidamente, vacilando, sin que Elsa apartara las manos de las solapas de mi americana.

—Correcto, preciosa —dije—. La llevaré a usted.

—¡Oh, John!

Se acercó más y noté el calor de su maravilloso cuerpo de sirena. Entrecerré los ojos y la abarqué, sin saber cómo, por la cintura.

Unos segundos más tarde la estaba besando.

Elsa se estremeció entre mis brazos y luego llevó las manos a mi cuello y su beso estuvo lleno de fuego aunque expresaba cierta torpeza que me agradó.

Al separarse de mis brazos me miró fijamente, con los negros ojos brillantes y el rostro encendido.

Empezó a hablar antes de que yo lograra decir una sola palabra:

—¡Jeff! ¡Diablos, jamás pensé que mi primer beso fuera de ese modo! Me gustó, ¿sabe? Pero no lo haga más, ¿entiende? No, no lo

haga más.

No supe qué replicar.

Cuando por fin reaccioné sólo acerté a decir:

—Vámonos, *miss Presley*, o llegaremos tarde.

Sin una sola sonrisa se volvió hacia la puerta y cruzó umbral llevándome detrás. Pasó por el lado de Eve, sin saludarla, sin dirigirle una sola mirada, y ella me guiñó el ojo cuando alcancé la puerta que daba acceso al pasillo.

Mi rubia damita miró el «Jaguar» por todos lados, en tanto yo abría la portezuela para que subiera.

Lo hizo, acomodándose en el asiento delantero, a mi lado, y cuando hice lo propio frente al volante preguntó:

—¿Suyo?

—¿El qué? ¿El coche?

—Sí, claro. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Sí, es mío.

Di el encendido, embragué, y cuando el coche empezó a deslizarse por el asfalto, Elsa musitó.

—Nunca lo hubiera pensado, pesquiza. El casarse con un tipo que tiene un «Jaguar» por coche debe de ser algo interesante. ¿Quiere que probemos?

Sacudí la cabeza a punto de perder el control del automóvil.

—¡No! —dije.

Abrió unos ojos tan grandes como un sol, llenos de la más pura inocencia y preguntó:

—¿Por qué? ¿Tan fea soy? ¿Es que no le gustan mis piernas que son de... de... lo mejor que pueda ver? John mañana iré en «*short*», y ya verá el resultado.

—¿Quiere irse al diablo, *miss Presley*? —pregunté.

—Me llamo Elsa —contestó dejándome helado—, quiero que me dé otro beso tan pronto pueda. Si me gusta como el primero... creo... que voy a mandar al diablo a papá Presley para casarme con usted, John.

—No —repliqué.

Pero la súbita aceleración de «Jaguar», que la lanzó contra el respaldo del asiento, fue testigo suficiente para que se diera cuenta de cuál era mi estado de ánimo en aquel entonces.

Lo hizo.

Se dio cuenta.

Con tal claridad que la pequeña damita echó la cabeza atrás y en el interior del coche estalló su cristalina risa poblándolo de alegres notas de cristal.

Hice lo que otro hubiera hecho en mi caso. No me di por enterado.

Aquello pareció ser el final, ya que yo mismo tuve que cortar el silencio, veinte minutos más tarde, cuando vi la finca, quinientas yardas a nuestra izquierda, y mucho antes de llegar al amplio camino que iba desde carretera hacia la misma:

—Ahí la tiene, *miss* Presley.

—Le dije que mi nombre era el de Elsa, John —contestó—. Y, ¿qué es lo que tengo ahí?

—La finca de los H. Fox —dije.

La vi cómo se tensaba sobre el asiento.

Pero fue solo cuestión de segundos ya que casi en el acto relajó los músculos y contestó:

—¿Quiere arrimar el coche al bordillo de la carretera y detenerlo un par de minutos?

He de decirle algo.

Lo hice, sin saber lo que iba a ocurrir.

—Veamos, ¿qué es ello? —pregunté mirándola ahora fijamente.

—¡Pero John! —exclamó—. Apuesto a que su secretaria no le ha dicho lo que yo voy a decirle, ¿verdad?

—Si no me dice lo que es, jamás le podré contestar a esa pregunta —repliqué sin saber a dónde diablos quería ir a parar.

—¿No? Pues que me está resultando usted un tipo bastante decepcionante. ¡Y con lo bien que besa, querido!

Fui a contestar con algo fuerte pero no pude.

Elsa estaba en mis brazos, besándome, y por propia iniciativa.

No fueron dos minutos como prometió, sino bastante más Diez o doce a lo sumo al cabo de los cuales Elsa, con hartazgo por mi parte, se separó de mis brazos y en el acto musitó con voz entrecortada:

—Creo, John, que voy a mandar a papá Presley al diablo para casarme contigo. Para poner mi fortuna personal a tus pies. ¿Es que no sabes que la tengo? Me la dejó mi madre al morir, querido. Un tipo como tú, que besa de ese modo... Bueno, lamento el tiempo

que he perdido sin ser besada. Y es que algunas veces las mujeres somos imbéciles en grado superlativo.

Preguntándome *inmente* que cuando no lo eran, no contesté. Di el arranque y de nuevo, sin pronunciar palabra, me vi conduciendo hacia la finca de los H. Fox.

Iba en «shorts».

Lo mismo que Maggie me había dicho.

Dora Fox, su prima, mostraba al desnudo, desde mucho más arriba de medio muslo, unas piernas como yo no había visto ni quizás viera en mucho tiempo.

Y tenía «sexy» desde los pies hasta la altiva cabeza, y mientras la miraba me preguntaba dónde había visto yo una cara como aquélla. O de un parecido aterrador No sólo la cara sino el cuerpo. Aquel cuerpo maravilloso que hacía recordar muchas cosas y todas agradables.

¿Dónde? Rubia.

Pero de un rubio bastante diferente al de Elsa, que a su vez la miraba llena de curiosidad.

Rubia platino.

Una hermosa sirena rubia platino. ¿Qué me recordaba? No lo sabía... ¡Diablos! ¡La pantalla de mi televisor! La serie de películas cortas de la Jean Harlow. De la malograda Jean Harlow.

Suspiré sin poderlo evitar viendo por el espejo retrovisor que mi damita de cabello rubio oro me lanzaba una mirada de reproche, en tanto que Dora se acercaba al «Jaguar» recién estacionado frente a los tres escalones que daban acceso al porche de mármol de la finca.

Abrí la portezuela, salté del coche y Elsa bajó detrás mostrando una vez más la maravilla de sus piernas cubiertas de nylon, casi en su totalidad.

Dora se había detenido frente a nosotros y nos miraba alternativamente llevando en sus rojos y sensuales labios una sonrisa que daba el efecto de que estaba clavada en su adorable boca de una forma perennemente firme.

—¿Míster Dereck...? —preguntó ahora con sus magníficos rasgados ojos azules fijos en los míos.

—Sí —contesté—. Y usted debe ser Dora Fox, ¿no?

—Acertó a la primera —miró a Elsa y continuó—. Pasen, por favor, los demás miembros de la familia nos están esperando.

Hice ademán de presentar a Elsa después de dar las gracias a Dora, pero aquélla se adelantó a mis deseos presentándose a sí misma:

—Me llamo Elsa Presley y me alegro de conocerla, Dora —dijo—. Mi prometido, míster Presley me habló de...

Se me heló la sangre. Se me congeló.

Por tanto nada tiene de extraño que sin saber cómo me viera, llevando a Elsa colgada de mi brazo, frente a la familia Fox, en pleno, que nos estaban esperando en el lujoso y espacioso «*living room*» de la finca.

Maggie fue la primera que se puso en pie, con el ceño un tanto fruncido, en señal de sorpresa debido a la presencia de Elsa, la que no esperaba ni mucho menos, para salir en el acto a nuestro encuentro.

La presenté, y siguiendo su juego, un juego que no me gustaba, lo hice como si se tratara de mi prometida. Exactamente como ella había dicho.

Al terminar con la presentación, Margaret se acercó a sus primos. Rod Fox y Glen M. Fox.

El primero un tanto grueso, de estatura normal, moreno, rostro atezado como debía de ser el de un indio en la legendaria época del Oeste, ojos tanto o más negros que los de la propia Elsa y vistiendo un traje gris de irrepachable corte.

No sonrió, pero me dio la mano saludándome un tanto cordialmente.

Glen era alto, fuerte, de pómulos hundidos, ojos color café y el rostro, en conjunto enormemente duro.

Fue el único que demostró completo antagonismo hacia mí. Contestó a mi saludo en tono seco, luego miró a su prima y estalló.

—¡Lo que nos faltaba, prima Maggie! ¡Un pesquisa entre nosotros! ¡Pero qué diablos te has creído! Aquí...

Maggie le atajó secamente:

—Es mejor que tengas un poco más de compostura, Glen —dijo—. Míster Dereck ha sido invitado por mí, ¿comprendes? Y como invitado mío, aunque tú, y contigo todos los demás, hayáis vivido en esta finca toda la vida, por serlo, tiene tanto derecho a estar aquí como todos. Si no te es simpático, te aguantas y en paz.

Glen arqueó una de sus espesas cejas morenas y contestó:

—Estoy de acuerdo en eso, querida prima, y voy a aguantarme. Pero si le veo fisgoneando en torno mío vamos a tener un disgusto. Un disgusto sonado.

Groseramente se volvió de espaldas y empezó a alejarse ante el silencio de los demás mientras yo me preguntaba qué motivos había tenido Maggie para contar la verdad de todo ya que hablamos quedado en otra cosa.

Callé sin osar pronunciar una sola palabra en aquel ambiente de tensión que había provocado la actitud de Glen, pero Elsa no pensaba del mismo modo ya que exclamó mirándole fijamente y apenas si se había separado unos cuantos pasos de nosotros:

—¿Sabe una cosa, míster M. Fox? ¿No? Pues yo se la diré. Que usted también pudo ser el asesino. Si en vez de ese traje... Es decir, si encima de cualquier traje llevara una trinchera, tal vez pudiera señalarle con el dedo como asesino de míster J.

H. Fox.

Se volvió encarándonos con la misma rapidez que una bala. Intenté atajar a Elsa pero desgraciadamente ya era demasiado tarde para ello.

—¿Qué me ha querido decir con eso, *miss* Presley? —preguntó con voz incisiva y en un tono que decididamente no me gustó.

Hice una seña, pero no sirvió de nada ya que mi damita rubia dio el estallido:

—Que yo soy la mujer que vio asesinar su tío o como quiera llamarle, en la estación de la 125 th Street, y que quizás pueda reconocer al asesino.

Temblé por ella si sus palabras respondían a la verdad y no a ilusión de sus sentidos. Intenté atajarla de nuevo pero Elsa no me dio tiempo ya que añadió tras una corta pausa:

—Una trinchera es lo que me hace falta, y si entre nosotros está el asesino, hombre o mujer, lo señalaré con el dedo y pediré a la policía que lo saquen de su tumba y comprueben lo que les digo.

La voz de Rod nos sobresaltó a todos.

—¿Y quién le ha mandado a usted meterse en esto, *miss* Presley? Ella ladeó su juvenil y hermosa cabeza para mirarle y contestó:

—Nadie y todos, ¿comprende?

—No, no la comprendo.

—¿No? —preguntó con sarcasmo—. ¡Pero si es sencillo! Entre

otras cosas mi propia conciencia. Mi propia decencia, y las burlas de la policía, o su incredulidad si lo prefiere así. Por tanto contraté a míster Dereck, aquí presente, para que averiguara esto.

Hubo una ligera pausa que rompió Glen:

—¿Sabe lo que creo, *miss* Presley? —preguntó—. Que...

Elsa le atajó:

—Que estoy loca. Eso es lo que está pensando, y quizás lo piensen los demás aunque según como se miren son palabras huecas. Sobre todo si provienen de boca de un asesino.

Vi en los ojos de Glen el deseo de decir algo fuerte pero la súbita intervención de Dora, la hermosa mujer de no más de veintiún años de edad, cuyo parecido con Jean Harlow era asombroso, lo impidió:

—Entonces, usted, *miss* Presley, está dispuesta a jurar que vio como asesinaban a tío Joss, ¿no?

Elsa se volvió a mirarla agrandando mucho sus ya de por sí grandes ojos negros.

—¡Claro que sí, querida! —exclamó—. Yo... Rod Fox la atajó dirigiéndose a Maggie.

—Creo, prima, que debes dar por terminado el asunto por esta noche, ¿no es verdad? La cena nos está esperando desde hace un buen rato. ¿Por qué no cenamos y por esta noche damos de lado a este desagradable asunto?

Maggie no tuvo tiempo de replicar porque entonces intervino Glen hablando con la misma entonación de siempre:

—Seguro que es eso lo que debes hacer, primita —dijo—. Pero luego... —se interrumpió, me miró fijamente y añadió—: Luego voy a preguntarle a usted, pesquisa, por qué una mujer que a todas luces es forastera en Nueva York, y quizás una cualquiera, le ofrece más crédito que la policía y todos noso...

No pudo terminar.

Mientras Elsa lanzaba un pequeño grito de gata asustada y se llevaba las manos a los senos, di un paso en dirección a Glen y estrellé mi puño derecho contra su mandíbula.

Dora lanzó una exclamación ahogada, Rod avanzó un paso pero se detuvo, y Maggie me prendió de un brazo, quizás con ánimo de evitar que repitiera el golpe pero ya no hacía falta pues Glen acababa de levantar los pies del suelo para ir a estrellarse contra la pared opuesta.

A continuación se deslizó por la misma hasta el suelo y quedó allí, mirándonos con mirada vaga hasta que poco a poco empezó a recobrase.

Cuando lo consiguió del todo se puso en pie, se acarició el mentón, volvió los ojos a Maggie y preguntó en tono impreciso:

—¿Podemos ir a cenar, querida?

Maggie apartó la mano de mi brazo y ante la mirada curiosa de Elsa y Dora contestó, pero mirándome a mí.

—Sí, cuando quieras.

Avanzó primero y los demás fuimos detrás, llevando yo la pequeña damita a mi lado, silenciosa, y sin dejar de mirarme.

Nos sentamos en torno a la mesa. En silencio.

Mirándonos los unos a los otros de soslayo, sospechosamente, por lo que la cena empezó y terminó del mismo modo.

CAPÍTULO IV

Lo rompió Glen tal y como había prometido.

Con el último bocado en la boca, como suele decirse, pero no sin que antes hubiera encendido un cigarrillo:

—Escuche, *miss* Presley —empezó—; usted afirma que vio como alguien mataba a mi tío en la estación de la 125 th Street, ¿no?

Elsa abrió mucho los ojos, nos miró a todos, uno por uno, con una expresión de inocencia que me asombró y luego, ya con aquellos fijos en el semblante de Glen respondió:

—Claro que sí. ¿Quién ha dicho lo contrario? Glen cogió por los pelos su burlona pregunta:

—Yo —contestó—. Usted no pudo ver nada de eso, *miss* Presley. Y no pudo verlo, porque no es verdad.

Elsa le dedicó una suave sonrisa, desvió sus ojos hacia los míos, luego directamente hacia las desnudas piernas de Dora y sin apartarlos de allí, como si se sintiera fascinada por las mismas replicó:

—Como no se explique más claro, míster Fox II, no le entiendo a usted.

Y luego de la andanada nos miró a todos con el gesto más inocente del mundo. Glen se puso en pie.

Su voz sonó ronca mientras que las venas de su cuello se hinchaban cuando contestó ahogándose por la furia:

—Creo, *miss* Presley, que mañana por la mañana, usted y su amigo el pesquis, harán bien en largarse de esta casa. Caso contrario llamaré a la policía. Ella ya emitió su veredicto y...

Le atajé interviniendo en la conversación:

—Muerte ocasionada por accidente, ¿no? Me miró.

—Exactamente, Dereck —contestó con rencor—. Un fallo que

nos satisfizo a todos y qué no será modificado porque a una joven histérica se le meta en la cabeza.

—¿Cómo está tan seguro de que fue el justo?

—Míster Joss H. Fox murió aquí mismo cayéndose por aquella escalera, Dereck, —contestó señalándola con un gesto—. ¿Cómo quiere que muriera al mismo tiempo en dos lugares distintos? La verdad es que...

Elsa soltó una tenue risita y contestó:

—¿Le vio usted, míster Glen M.? No, ¿verdad? Pues si no le vio caer de la escalera no afirme nada. El asesino, usted o míster Fox, pudieron matarle donde yo vi asesinarle, y luego traerle aquí en un coche, dejarle al pie de la escalera y con toda tranquilidad esperar al día siguiente a que alguien descubriera su cadáver...

—¡Basta de una vez, *miss* Presley!

Elsa calló volviendo el rostro en dirección a la pálida y un tanto furiosa Dora.

—¿Siente temor por su hermano, *miss* Fox? —preguntó—. Si es así, ¿por qué?

—¡Oh!

Me miró, nos miró a todos y luego, sin pronunciar palabra, dio media vuelta y mientras subía la escalera que debía conducirla al piso alto, donde posiblemente tenía su dormitorio, me entretuve en admirar sus piernas desnudas sin preocuparme ni poco ni mucho de lo que la rubia *miss* Presley pudiera pensar de mí.

De mi abstracción me sacó las palabras de Maggie.

—Será mejor que les acompañe hasta sus habitaciones, Dereck —dijo. No repliqué.

Elsa también dio la callada por respuesta y la seguimos hasta el piso alto. Maggie se detuvo frente a una de las puertas y se volvió a mirarnos.

—Ésta es su habitación, Dereck —dijo—. En cuanto a *miss* Presley... Desvió los ojos hacia mi rubia damita y añadió:

—Venga conmigo, querida, le prepararé una.

Se la llevó tan rápidamente que me dejó perplejo ya que no nos dio tiempo de despedirnos ni a ponernos de acuerdo, si es que teníamos que hacerlo.

Empujé la puerta del dormitorio y entré.

La examiné por todos lados. Me gustó. El lujo era sobrio y

elegante, sencillo. Empecé a quitarme la americana. Me aflojé el nudo de la corbata, la saqué por encima de mi cabeza y la lancé sobre una de las sillas.

Terminaba de quitarme la funda con las correíllas cuando llamaron a la puerta. Miré la pesada «Magnum» y blandamente, con funda y todo, la deposité sobre el lecho. Entonces fui a abrir la puerta sabiendo lo que iba a encontrar tras la misma.

No me equivoqué.

Maggie estaba allí, mirándome fijamente, con el rostro bello y hermoso tan impasible como un Buda.

—¿Puedo pasar, o teme por su reputación, Dereck? —preguntó.

Me hice a un lado y ella entró cerrando a su espalda.

Pasó por mi lado, se dejó caer en una silla, lanzó una fugaz mirada a la automática y levantó una pierna para cabalgarla sobre la otra.

Me eché a sudar ya que el caso no era para menos. Sonreía.

—¿Sorprendido? —preguntó.

—No —dije sin faltar a la verdad—. Lo contrario hubiera sido al no presentarse usted.

—Eso quiere decir que, me esperaba, ¿no?

—Seguro.

Levantó una ceja y pareció quedar pensativa. No la interrumpí.

Llevaba algo en el buche que quería soltar, pero si esperaba que yo la ayudara a ello se equivocaba de medio a medio.

Pareció comprenderlo así ya que continuó:

—¿Por qué?

—No lo sé —dije.

—Y no obstante estaba seguro, ¿verdad?

—Sí.

Maggie volvió a quedar pensativa hasta que repentinamente preguntó:

—¿Por qué la trajo, Dereck?

—¿Se refiere a *miss* Presley?

—Sí.

—Se empeñó en venir.

—Lo supongo. Pero ¿por qué?

Creí entender el verdadero sentido de su pregunta y contesté:

—Supongo que por la verdadera razón que nos dio abajo, en el

comedor. No obstante mañana mismo puede irse si a usted le parece bien, Maggie.

—Puede quedarse si usted lo desea, Dereck, pero ha de ser bajo su absoluta responsabilidad.

—¿Bajo mi responsabilidad? —pregunté lleno de asombro—. ¿Puedo saber por qué?

—¡Diablos, Dereck! ¿Y usted es detective? Pues nadie lo diría —se burló—. ¿Qué cree que ocurrirá si es verdad lo que esa chiquilla ha dicho? ¿Si el asesino es uno de nosotros? Pues que no estará segura. Éste intentará matarla por todos los medios ante el temor de ser reconocido. ¿Es o no es así?

También pensaba yo en eso, pero no se lo dije. Simplemente repliqué:

—No creo que ocurra eso, Maggie.

—¿Por qué no?

—Por la sencilla razón de que en esto influyen muchos factores. Nadie, a no ser *miss* Presley o yo creemos en ese asesinato, si es que en realidad míster H. Fox fue asesinado. No lo cree ni la misma policía, linda. Por tanto, si el asesino es un tipo listo, no se moverá. Dará largas al asunto sabiendo que su crimen es completamente impune.

Me miró pensativa durante unos segundos y se puso en pie.

—Ni usted mismo cree en lo que me está diciendo, pesquisa —dijo un segundo antes de girar hacia la puerta— pero por si acaso, cuide a la pequeña. No me gustaría que nos metiera en un lío.

—No obstante —contesté—, por el mero hecho de que usted, Maggie, nos haya aceptado aquí, dentro de su casa, el lío, si es que podemos llamarle así, ya se ha producido.

Se volvió a mirarme con la mano en el tirador de la puerta.

—Seguro, John —dijo llamándose ahora por mi nombre—. Seguro —vaciló unos segundos, abrió la puerta y añadió—: Buenas noches, querido. Espero que nos veamos mañana y que la luz del nuevo día nos traiga mejores pensamientos.

Me decidí:

—Será así si se pone el «bikini», Maggie —dije. Me sonrió.

—Lo haré —declaró tranquilamente—, pero creo que mis piernas no pueden competir en modo alguno con las de Dora. Se fijó en ellas, ¿verdad? Pues si no ha sido así hágalo mañana y compare.

Verá como tengo razón.

La tenía.

Ésa era la verdad lisa y llana pero no me atreví a dársela por lo que pudiera tronar y contesté:

—Buenas noches y que descanse, Maggie.

—Gracias, John. Hasta mañana.

Salió dejándome solo.

Me acerqué a la mesita de noche, no sin antes haber cerrado la puerta del dormitorio encendí un cigarrillo apagué la luz y me dejé caer en la cama completamente vestido, pensando.

Recordando ahora que ni siquiera le había preguntado dónde dormía mi damita rubia. Finalmente me quedé dormido.

Nunca supe por cuánto tiempo, ni siquiera qué fue lo que me despertó.

Quizás un ruido, unos pasos, algo indefinible. No lo sé, no lo sabría nunca. Sólo que repentinamente me vi sentado en la cama, tenso como un manojo de cables de acero y escuchando.

No se oía nada.

La finca estaba silenciosa, como vacía, como muerta.

Pero yo sabía que no, que la vida latía dentro de la misma con la misma intensidad que la muerte.

Salté de la cama al suelo, tomé la funda con la «Magnum» y ajusté las correíllas a mi hombro. Luego tomé la americana y me la puse.

Me acerqué a la puerta, la abrí y salí al pasillo.

Ya junto a la escalera que debía de conducirme a la planta baja me detuve y escuché una vez más.

El mismo silencio de antes reinaba en torno por lo que me pregunté si lo que me despertó fue ilusión de mis sentidos y quizás debido a mi estado nervioso.

¿Y Elsa? ¿Dónde se encontraba? ¿Durmiendo o...?

Incapaz de contestarme a las preguntas, incapaz también de terminar la última de ellas empecé a descender.

Llegué al «hall» y me detuve, una vez más, para continuar escuchando. Fue entonces cuando oí el rumor.

A oscuras, tanteando la pared empecé a rodearlo pero no tuve tiempo de terminar ya que en aquel momento una de las puertas se abrió y la luz, procedente de aquella habitación, lo inundó todo.

Y vi a Dora.

En transparente *negligé* de nylon azul cielo.

Una maravilla de mujer. Algo que todo el mundo desea para sí mismo, incluyéndome a mí por muy extraño que parezca.

Las hermosas piernas desnudas, y descalza. Como si no quisiera hacer ruido alguno, como si temiera ser descubierta allí.

Vi lo que llevaba en la mano. Una linterna.

Pequeña, niquelada, no más gruesa que un lápiz pero adiviné que su luz era potente. Apagó la luz sumiendo el «*hall*» y el interior de la habitación donde había permanecido hasta el momento presente en una total oscuridad.

Hasta que repentinamente ésta se rasgó con el cono luminoso de la linterna y vi como directamente se encaminaba hacia la escalera.

Fue entonces cuando di un par de pasos.

Casi al instante oí su ahogada exclamación y el cono de luz vino en mi busca mientras decía:

—No se mueva. No lo haga o le mato. Me inmovilicé.

No había visto que llevara arma alguna pero podía tenerla.

—Soy yo, Dereck —dije innecesariamente ya que ella me había visto. Oí su suspiro.

—¿Qué hace aquí? ¡Me ha dado un susto mayúsculo! —Intenté reír en tono quedo pero mi risa fue forzada.

—Confieso que a mí me ha ocurrido igual —contesté—. Y por favor, *miss* Fox, ¿quiere apartar esa luz de mis ojos? Me está haciendo daño.

Lo hizo yendo a iluminar uno de los interruptores de la luz del «*hall*».

—Encienda usted, por favor.

Me volví de espaldas a ella y lo hice.

Cuando le miré de nuevo, Dora escondía entre sus audaces senos una automática de pequeño calibre mientras nos mirábamos sin pronunciar palabra hasta que ella rompió el silencio con una pregunta:

—¿Qué hacía levantado, John? Hilvané una excusa.

—No podía dormir y bajé tratando de encontrar la biblioteca para buscar un libro. Nada en su hermoso rostro me dijo si me creía o no ni su voz cuando contestó:

—Allí está la biblioteca, John. Venga, le acompañaré.

Fui tras ella y ambos entramos en la habitación que yo la había visto abandonar no hacía ni tres minutos.

Cerró detrás nuestro y al enfrentarnos la miré de pies a cabeza.

Me sonrió sin mostrarse cohibida debido a la transparencia de la *negligé* ya que lo hizo de un modo abierto y simpático.

—Puede buscar su libro, pesquisa —dijo dejándose caer en una de las sillas con lo que la mosquitera de nylon se abrió a ambos lados de sus magníficas y bellas piernas desnudas, formando pliegues azules en el suelo, en un maravilloso y fascinante espectáculo que me enervó.

Me volví hacia la estantería y empecé a mirar los libros. Uno cualquiera.

Que más daba una cosa que otra.

Alargaba la mano para tomarlo cuando Dora dijo a ni espalda:

—¿Por qué no dice la verdad, pesquisa? Me volví a mirarla.

—¿Qué verdad es esa según usted, *miss* Fox?

—¡Oh! Llámeme Dora, John. Me gusta usted, ¿sabe? Yo... La atajé en seco.

—¿Qué verdad es ésa, Dora? —preguntó por segunda vez.

—La de que usted no ha venido buscando ningún libro —afirmó.

—¿No?

—Seguro. Usted ha empezado a buscar algo. O es eso, o bien me oyó a mí. ¿Qué fue lo que ocurrió en realidad? Le desperté, ¿verdad?

—Sí, creo que fue así.

Vaciló unos segundos y acto seguido me señaló uno de los sillones, frente a ella, consciente del poder, del atractivo sensual que tenía sobre mí, sobre todos los hombres.

—Vamos, John —dijo—; siéntese, ¿quiere? Lo hice, pero procuré mirarla a los ojos.

—¿Bien...? —pregunté.

Me contestó con otra pregunta:

—¿Me creería si le dijera la verdad del porqué me encuentro aquí, John?

—¿Por qué no lo intenta, querida?

Me dedicó una sonrisa capaz de fundir un acorazado mientras reclinaba su carrocería modelo «*sport*» y de importación, contra el respaldo del sillón y contestó:

—Oí ruido, tomé una pistola, la linterna, y sin esperar a ponerme algo encima de esto bajé a ver lo que ocurría. Procedía de la biblioteca según pude apreciar desde ahí arriba —y me señaló el lugar que debía de ocupar el primer rellano de la escalera situada en el «*hall*»—. Bajé, pero cuando entré aquí, no vi a nadie.

—¿Se fue por la cuarta dimensión, linda? —pregunté. Su hermoso rostro se nubló y sus ojos chispearon.

—Nada de eso, pesquisa —contestó muy seria—. Se fue por la ventana. Por aquélla —la señaló también y añadió tras una ligera pausa—. Da al jardín, al lugar que ocupa la piscina, y se encuentra a poca altura del suelo. Incluso una mujer podría saltar por ella sin temor de hacerse daño.

—¿Una mujer? ¿Por qué ha nombrado a una mujer, Dora? Me miró suspicaz, sonrió, se puso en pie y contestó:

—Sin mala intención, querido. Ha sido, ni más ni menos, una frase hecha.

—¿Es cierto eso?

Me sacó la punta de la lengua, me señaló con el dedo en forma acusadora y replicó:

—¡John, por favor...! Qué, ¿nos vamos a dormir?

Mirándola fijamente adiviné que ya no diría nada más, por lo que contesté sabiendo que yo, en aquella casa, no estaba en forma oficial ni mucho menos.

—Sí, claro. Son... —consulté el reloj de pulsera y continué—: Son las dos de la madrugada. Un poco tarde, ¿no?

Vino hacia mí sin replicar, me prendió del brazo y ante mi estupor me ofreció los labios.

—Vamos, tonto, ¿a qué espera? —preguntó un segundo antes de que la abarcara por la cintura y cumpliera con creces lo que me había pedido.

Luego, sin soltarme del brazo atravesamos el «*hall*», subimos al piso alto y nos detuvimos frente a la puerta de su dormitorio.

—Si quiere puedo ofrecerle un *whisky*, John. Es un poco tarde pero... Quería.

Por lo tanto entramos e hizo exactamente lo que había prometido. Me puso el *whisky*, lo bebí, y nos besamos. Lo demás no importa.

Era cosa de nosotros dos.

CAPÍTULO V

Dos «bikinis».

Por partida doble.

Lo supe apenas si aquella mañana abandoné la silenciosa finca, rodeándola con ánimo de ver a Maggie a alguno de sus habitantes mientras que Dora se daba una ducha en uno de los cuartos de baño del piso alto.

Las vi a las dos casi al mismo tiempo.

Tendidas en el césped, a orillas de la piscina, con los cuerpos secándose al sol de la mañana, luego del baño.

Me acerqué.

Al ruido de mis pasos ambas volvieron la cabeza hacia mí. Maggie fue la que se levantó para salir a recibirme, sonriendo, mientras que Elsa se sentaba sobre la hierba y me miraba con algo de rencor en sus negros e insondables ojos.

Preguntándome porqué di los buenos días e indagué:

—¿Y los demás, Maggie?

—¿Se refiere a Rod y a Glen?

—Sí.

—Hace rato que se fueron —me miró con picardía y añadió—: A la que no he visto ha sido a Dora.

Desvié los ojos hacia la rubia Elsa y contesté:

—No creo que tarde mucho en bajar, Maggie.

—¡Ah!

Aquello fue todo hasta que Elsa se puso en pie viniendo hacia nosotros.

—Voy a vestirme, John —dijo—, porque quiero que me lleve a Nueva York. La miré con asombro.

—¿Por qué?

Desvió los ojos hacia Maggie y contestó:

—Mi presencia aquí ha terminado. En cuanto a usted, John, quiero que continúe con el asunto, ¿comprende?

La verdad es que no lo comprendía pero dije que sí, por lo que ella añadió:

—Me llevará, ¿verdad?

—Correcto, *miss* Presley, la espero aquí.

Se fue sin contestar y admiré sus piernas y el contoneo de sus caderas cuando empezó a alejarse en dirección a la casa.

Maggie rompió el encanto con sus palabras:

—¿Qué le ha hecho a la pequeña, John? Arqueeé una ceja.

—No la entiendo a usted, Maggie —contesté. Margaret hizo una mueca y a continuación replicó:

—Ayer estaba decidida a quedarse contra viento y marea y ahora, de buenas a primeras, se marcha. ¿Por qué?

—¿Se lo ha dicho a usted?

—No. Y confieso que para mí ha sido una sorpresa. Nos hemos bañado juntas, hemos hablado de infinidad de cosas, pero ni por un segundo me ha dado a entender lo que se proponía.

La llegada de Dora, vistiendo de calle, es decir, sin los «*shorts*» que la habían hecho famosa en muchos lugares, interrumpió mi respuesta.

—He visto a la pequeña dama de Albany —dijo apenas llegar a nuestro lado—. Dice que se marcha y que tú la vas a llevar, John. ¿Es cierto?

Sin querer mirar el rostro lleno de sorpresa de Maggie ante el tuteo de su prima contesté:

—Sí, es cierto, y yo voy con ella.

Hubo unos segundos de silencio y preguntó:

—¿Nos veremos de nuevo, John?

La miré, recordando, e *in mente* me dije que aquello era muy posible. Sí, de todo punto posible.

—Te llamaré hoy mismo, Dora —dije. Maggie medió en la conversación.

—Os dejo solos —dijo—. Voy a vestirme. Me tendió la mano y añadió:

—Espero que vuelva, John, y que me avise si hay algo con respecto a la muerte de mi padre.

—Volveré esta noche, Maggie —dije.

—Le estaré esperando.

Me tendió la mano, la estreché entre la mía, me dijo de nuevo adiós y desapareció siguiendo los pasos de Elsa y Dora y yo quedamos solos, frente a frente.

Fue lo que tardó en caer en mis brazos. Cuando nos separamos preguntó:

—¿Es cierto que vendrás esta noche, John?

—Voy a hacer lo posible. Entre otras cosas quiero hablar contigo.

—¿Más preguntas? ¿Te parece que me has hecho pacas durante esta noche? Me eché a reír mientras contestaba:

—Hice algunas, pero no las principales, linda.

—¿Sí?

—Seguro.

—Dime una de ellas.

—Quiero saber todo lo relacionado con la...

Las palabras de Elsa, que sonaron detrás de nosotros me interrumpieron.

—¿Nos vamos, John?

—Sí, cuando quieras, Elsa.

—Ahora mismo.

Sin lanzar una sola mirada a Dora dio media vuelta y se alejó hacia el garaje.

La seguimos en silencio, luego me adelanté para abrirle la portezuela del «Jaguar», esperé a que estuviera dentro y entonces me coloqué frente al volante.

Dora se acercó y me tendió la mano a través de la ventanilla.

—Buena suerte, John —dijo.

Volvió los ojos hacia el semblante ceñudo de Elsa y continuó:

—Venga a vemos cuando quiera, *miss* Presley.

Los negros ojos la asaetearon durante unos segundos, y replicó:

—Sí, puede que lo haga. No me gustan los asesinatos, *miss* Fox, y en esta casa hay uno.

—¿Sabe quién es?

Ante mi estupor, Elsa contestó:

—Creo saberlo, querida.

—¿Quién? ¿Quién fue el que mató al viejo...?

—No tengo pruebas, aún, querida —se volvió a mirarme y preguntó—: ¿Nos vamos, John?

Asentí en silencio, di el encendido, estreché por segunda vez la mano de Dora, embragué y Elsa y yo ya no pronunciábamos una sola palabra hasta que no nos vimos en el puente de Brooklyn, luego de haber dado un considerable rodeo.

Lo hizo ella rompiendo el silencio que nos embargaba y con una pregunta:

—¿Dónde se encontrará si le necesito, John?

—En mi oficina o en su defecto en mi apartamento. Esto hasta las diez de la noche, Elsa. Más tarde puede que vaya a hacer una visita a los Fox.

—Correcto, ¿quiere dejarme en la próxima parada de taxis? Lo hice así.

Estacioné el coche y abrí la portezuela para que descendiera, pero Elsa no lo hizo del primer intento. Se limitó a volverse hacia mí y preguntar:

—¿No va a darme un beso, pesquisa? Si mal no recuerdo, habíamos quedado en eso, ¿no?

Lo hice, pero estaba pensando en Dora.

Elsa descendió y la vi avanzar hacia el lugar donde había estacionados un par de taxis. Tomó uno, arrancó, y entonces solté el embrague y me encaminé a mi oficina.

Eve me recibió con un mohín en sus adorables labios y con una pregunta:

—¿De dónde sale usted, jefe?

—De por ahí, querida —contesté—. De dar un paseo.

—¿Sí?

—Claro.

—¿Rubia o morena?

—Ninguna de las dos cosas, preciosa.

—Entonces es pelirroja —me indicó la puerta de mi despacho y añadió, antes de que yo pudiera responder a una sola de sus palabras—: Tiene visita, John.

Arqueé una ceja y le devolví la broma:

—¿Pelirroja o rubia, linda?

—Pase y lo sabrá.

Me encogí de hombros, empujé la puerta de cristal opaco y

entré, para quedarme completamente inmóvil, bajo el marco de la misma, mirando a la persona que menos podía esperar ver en aquel entonces, y mucho menos en mi propio despacho.

Grueso, de rostro colorado, cuello de toro, fuerte a pesar de su gordura, ojos avellana, fríos, casi inhumanos, y el rostro, en conjunto, tan duro como el de un halcón.

Pero no me estremecí, no me sobresalté ante la dureza que había en ellos, a pesar de que de un modo vago intuí que era por mí.

Hice ademán de empezar con una burlona pregunta, pero él me atajó, formulándola antes que yo:

—¿Quiere decirme qué se trae ahora entre manos Dereck? Pero antes, pase, por favor, está usted en su propio despacho.

Entré cerrando la puerta a mi espalda y le miré.

Teniente Jim

O'Hara,

del Departamento de Homicidios de Nueva York. Todo un tipo.

Inteligente. Más, mucho más que todos los policías que yo había tratado, que eran muchos, para mi desgracia personal.

Me senté frente a él:

—¿A qué se debe su pregunta, teniente? —pregunté a mi vez.

—¿No lo sabe?

—No.

No perdió su flema cuando contestó:

—Verá, Dereck, cierta rubia que vino de Albany está moviendo bastante ruido en Nueva York. Es hija de un capitoste de allá, y la chica se cree en el derecho de hacer y deshacer a su antojo. Incluso inventando crímenes. Eso es molesto. Sobre todo cuando pretende por todos los medios que alguno de los periodistas de la «United Press», cuente su historia en primera plana. ¿Me va entendiendo?

Me estaba preguntando cómo sabía él que la damita rubia se encontraba estrechamente unida a mí, profesionalmente, se entiende, cuando contesté:

—Ni una palabra, teniente. ¿Qué diablos tengo yo que ver con una damita o con una rubia que meta o deje de meter ruido en Nueva York?

—Aún no lo sé, y espero que me lo diga, Dereck.

—¿Yo? Diablos, ¿por qué?

Hizo un gesto de impaciencia y en contraste con el mismo,

pacientemente, contestó:

—Porque la viajera rubia de Albany ha sido vista con usted. Incluso los dos juntos han abandonado esta oficina para ir... ¿Adónde fueron, Dereck?

Pensé rápidamente. Tenía que decir algo.

El teniente

O'Hara,

era obvio para mí, había mandado vigilar a Elsa, discretamente, desde el mismo momento que contó su historia a la policía. Y lo había hecho para evitar que la chica diera un escándalo.

Ni más ni menos que para eso, dando de lado, de una vez para siempre, con la historia que contaba, tachándola de inverosímil.

Podían tener razón.

Incluso yo dudaba, pero como digo, debía decir algo. Lo hice a los pocos segundos de reflexionar profundamente:

—Cierto, estuvo aquí, teniente, y habló conmigo.

—Y se hizo cargo del asunto, ¿no?

—Ya que lo sabe todo, le diré que sí.

Su rostro se congestionó, pero a pesar de ello, tez sonó tan calmosa como siempre.

—Tendrá que dejar el caso, Dereck.

Ahora el que se sulfuró fui yo, pero también copié su expresión. Estaba deseando hacerme estallar, pero no lo iba a conseguir.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque a la policía no le gusta. Eso es todo, Dereck.

—¿Todo, teniente?

—Sí.

—Puede ser, pero no para mí.

—¿Qué quiere decir?

—Es sencillo, teniente, y para expresarme mejor voy a formularle una pregunta: Al referirse a que a la policía no le gusta, ¿debo entender que se trata del Departamento o sencillamente es que no le gusta a usted?

Se puso en pie de un salto, pero yo no me moví del sillón donde me sentaba.

—Escuche, Dereck —estalló perdiendo la calma de que hizo gala hasta el momento presente—. El caso de los Fox está ya resuelto a plena satisfacción de la policía, ¿comprende? Por tanto, aconseje a

miss Presley que se marche de vacaciones a otra parte y que nos deje en paz. Fue un accidente y nada...

Le atajé.

—Si no le conociera a usted como le conozco, teniente —espeté fríamente—, creería que alguien le estaban pagando para que silenciara hechos.

—¡Dereck!

—No estoy afirmando eso y usted lo sabe, teniente. Simplemente que me gustó el relato de esa rubia y me puse a trabajar. Hasta el momento, casi le doy la razón a usted, pero «casi», y «hasta el momento». Me comprende, ¿verdad?

No me replicó por espacio de unos segundos, y cuando lo hizo fue con una pregunta:

—Entonces piensa continuar, ¿verdad?

—Sí. Me pagan para eso.

—Correcto, hágalo, y perderá la licencia.

—Puede ser —repliqué—. Pero con o sin ella, voy a llegar hasta el fondo de la cuestión. Se acercó a la puerta.

—Bueno, Dereck, espero que lo piense rápidamente antes de enfrentarse a todo el Departamento —abrió la puerta y se despidió—: Nos volveremos a ver.

Cerró.

Sí que nos íbamos a ver, yo también tenía la completa seguridad de ello. O si no la seguridad completa, sí que quizá pudiera ocurrir. Eso iba a depender de algunas cosas.

Me dejé caer en el sillón, detrás de la mesa, abrí el cajón central de la misma, tomé la botella de *whisky* y bebí directamente de la misma. Terminaba, cuando entró Eve que vino a sentarse en el brazo del sillón, pasando uno de sus morenos y bien torneados brazos sobre mi cuello.

—¿Qué quería el teniente, John? —preguntó.

—Que dejara este caso. Abrió mucho los ojos.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por la sencilla razón de que a la policía no le interesa que el asunto se ventile de nuevo. Ellos ya dieron el veredicto y lo contrario redundaría en menoscabo del Departamento de Homicidios, linda.

—Entonces, ¿qué va a hacer usted, John? Sonreí, la besé en la

punta de la nariz y contesté:

—Continuar.

—¡John!

—¡Eve! —La remedé.

—Pero... pero perderá la licencia si les interfiere la labor.

—Ellos ya han hecho esa labor, preciosa, y conviene que no lo olvide.

—No obstante... La interrumpí:

—Nada, preciosa —dije—. No va a ocurrir nada, por la sencilla razón de que el asesinato se cometió en la estación de 125th Street, y voy a sacarlo a la luz.

—Pero, John, ¿cómo diablos puede estar tan seguro de una cosa como ésa? Nadie vio cometerlo. Sólo esa chiquilla que, a pesar de ser una dama, puede ser también una histérica o una visionaria. ¿No comprende que si realmente no se cometió y usted empieza a molestar aquí y allá, los de Homicidios se le echarán encima?

Estaba seguro de lo mismo, pero preferí callarlo, por lo que contesté, haciendo que su bonito ceño se arrugara:

—Tengo plena confianza en esa damita rubia, preciosa.

—¿Sí?

—Sí.

—Pues yo no, John. Incluso si pudiera la arañarla. Solté un respingo sobre el sillón y exclamé:

—¡Caramba, Eve no la creí a usted con ideas tan sanguinarias!

—Pues las tengo. Sobre todo cuando se trata de rubias recalcitrantes. Sin saber lo que quería expresar con aquella palabreja repliqué:

—Para mí está hablando en chino, linda.

—Porque usted está ciego, John.

Le miré fijamente y contesté, creyendo entenderla:

—Supongo que su intuición femenina no le habrá dicho que esa criatura rubia se ha enamorado de mí, ¿verdad?

No me replicó en unos cuantos segundos.

Cuando lo hizo, salté materialmente sobre el sillón mientras se levantaba del brazo y se alejaba unos pasos.

—No, John, no temo que ella se haya enamorado de usted. Yo soy la que le amo, ¿comprende? Por eso me gustaría arañarla.

Me dejó de una pieza.

CAPÍTULO VI

No hablamos en todo el camino, ni cuando nos pusimos a comer en el pequeño restaurante donde solíamos hacerlo desde hacía infinidad de tiempo.

Una barrera casi inexpugnable parecía haberse interpuesto entre los dos sin que ninguno de nosotros se atreviera a romperla.

No obstante, al terminar con la comida, extraje el paquete de cigarrillos y encendí dos. Le di uno, que aceptó con una leve sonrisa, y entonces rompió el silencio.

—Creo que debo pedirle que me perdone, John. Rara vez me dejo llevar por mis impulsos y hoy lo he hecho estropeando la comida.

Le devolví la sonrisa.

—Olvidelo, Eve.

Pero eran palabras vanas, y ambos lo sabíamos. Quizás por eso ella preguntó:

—¿Nos vamos ya?

—Sí. ¿Por qué no? Nos pusimos en pie.

Unos minutos más tarde me encontraba conduciendo en dirección a mi oficina.

Estaba pensando, sentado detrás de la mesa despacho, yendo el teclear de la máquina de escribir de Eve, cuanto el timbre del teléfono me sobresaltó.

Le miró como a un bicho raro y alargando el brazo tomé el auricular que a continuación pegué a mi oído.

—¿Dígame...?

—John... ¿Es usted? Elsa.

Me pregunté qué demonios querría ahora de mí y contesté:

—¿Ocurre algo, Elsa?

Su contestación me sobresaltó como antes me había sobresaltado el timbre del teléfono.

—Aún no lo sé con seguridad, pesquisa, pero creo que he encontrado la casa donde asesinaron al viejo H. Fox.

—¿Qué...? ¿Cómo? Oiga, Elsa, ¿desde dónde me llama usted?

Ahora sí esperaba la respuesta, es decir, sabía cuál iba a ser su contestación y por eso no me sorprendió.

—Desde una de las cabinas telefónicas de la 125 th Street. Va a venir, ¿verdad?

—Seguro. ¿Dónde nos veremos? Vaciló unos segundos y replicó:

—En el bar de la misma estación. Por favor, venga rápidamente. Colgó antes de que pudiera contestar a aquello.

Me puse en pie, me coloqué la funda con la automática, la americana, y tomé el sombrero.

Terminaba de encasquetármelo cuando apareció Eve.

—¿De nuevo la rubia? —preguntó desde el umbral de la puerta.

—Sí, era ella.

—¿Qué es lo que quería?

—Algo bastante importante, querida. Al parecer ha descubierto el lugar donde asesinaron a H. Fox.

Su rostro se nubló.

—No vaya, John —dijo. Y la miré con asombro.

—¿Por qué no he de hacerlo? No me contestó.

No lo hizo, pero sí dijo:

—Es igual, John. Sé que de todos modos va a ir... Pero si para dentro de tres horas no he tenido noticias tuyas, llamaré al teniente O'Hara.

—Usted no hará nada de eso, Eve.

—¡Claro que lo haré! —me desafió—. Aunque me despida. No contesté.

Avancé hacia la puerta y ella vino detrás mía hasta el mismo pasillo. Antes de cruzarla me volví y la enfrenté.

—Telefonaré, linda —dije un segundo antes de inclinarme sobre ella para besarla en los labios.

Era completamente de noche cuando emprendía el camino conduciendo con cuidado por entre un tráfico infernal y con el pensamiento puesto en la damita de Albany.

¿Cómo había logrado descubrir aquello?

No lo sabía, pero, entre otras cosas, esperaba que me lo dijera. Finalmente me vi frente a la estación.

Detuve el coche en la playa de estacionamiento, crucé las puertas giratorias y busqué el bar.

Casi en el acto la vi.

Subida al taburete, con la estrecha falda a medio muslo, mostrando la maravilla de sus piernas cubiertas de nylon y me acerqué.

Me vio a través del espejo retrovisor y volvió la cabeza sonriéndome, con el embrujo de sus negros ojos.

—Hola, pesquisa —saludó—. Y gracias por la invitación —terminó señalando con un dedo esmaltado en uña roja el vaso que tenía delante.

Me senté a su lado y casi en el acto tuve frente a mí al barman.

—¿Qué de...?

—Un *whisky*, por favor —dije.

Esperé a que me lo hubiera servido y cuando se alejó un tanto pregunté:

—¿Cómo ha descubierto eso, Elsa?

Ella tomó el vaso, bebió un poco, se humedeció los mojos labios con la punta de la lengua y contestó:

—Creo, pesquisa, que eso no se lo voy a decir.

Ladeé la cabeza para mirarla fijamente y nuestros rostros quedaron muy juntos.

Nuestros labios también. Y fue ella, Elsa, la que tomó la iniciativa.

Un beso rápido, fugaz; demasiado fugaz y rápido para mí.

—¿Está muy lejos de aquí? —pregunté al terminar Me sonrió.

—No. Apenas unos minutos. Bebí pensativamente y contesté:

—¿Por qué no me lo quiere decir, Elsa? Me entendió en el acto.

—Porque el secreto no es mío, John. Perdona, pero no puedo. Apuré el resto de *whisky* de un trago.

—¿Nos vamos? —pregunté.

Acabó con el «Manhatan» que estaba bebiendo y replicó:

—Sí, ahora mismo.

Saltó del taburete al suelo y estuve a punto de lanzar un silbido de admiración, pero me contuve en el último segundo.

Luego salimos, ella tomándome del brazo.

Fueron treinta minutos los que empleamos en llegar.

A un lado de donde nos habíamos detenido estaban las fachadas de las casas. Al otro, una alta pared y detrás...

Repentinamente oí pasar un tren y casi en el acto noté cómo la mano de Elsa se crispaba nerviosamente sobre mi brazo.

—¿Dónde es? —pregunté.

Se estremeció de nuevo y contestó:

—Aquí, en esa casa.

Nos acercamos a la misma y Elsa tanteó la puerta. Estaba abierta, por lo que sin más, entramos.

En la oscuridad del portal pregunté:

—¿Ahora...?

—Arriba, John, al quinto piso. Y... Bueno, querido —añadió, apretándose contra mí, igual que si tuviera frío o miedo—, no hay ascensor.

Empezamos a subir la escalera, a oscuras, en silencio, hasta que alcanzamos el piso que ella me había dicho.

—¿Y...? —empecé. Me chistó suavemente.

—Calle —dijo—. No deseo hacer ruido alguno, ¿comprende? Si nos oyen podemos armar un escándalo y el teniente O'Hara

no me es simpático. Y... y no encienda la luz hasta que no estemos dentro.

No hacía falta hacerlo.

La tenue luz que se filtraba por las ventanas era suficiente para nosotros, ya que el pasillo, largo y angosto, se encontraba en penumbra y no en una oscuridad total.

Avancé a su lado hasta una de las puertas situadas a nuestra izquierda. Estaba cerrada.

Esto ya lo esperaba y por tanto no me tomó de sorpresa.

—Es aquí, John —murmuró Elsa—. No podremos entrar, ¿verdad? Sin replicar a su pregunta formulé otra:

—¿Ha entrado usted?

Noté como se tensaba como un manojo de cables de acero. Y vaciló mucho antes de dar la respuesta.

—No, John —dijo mintiendo con todo cinismo—. No, pero sé que es aquí.

Empecé a registrarme los bolsillos sin replicar y de uno de ellos

extraje un manojo de ganzúas.

Maniobré con la cerradura de la puerta y ante sus ojos curiosos, abrí al cabo de uno o dos minutos.

La empujé, con la «Magnum» en la mano y entré, seguido de Elsa, que cerró a nuestra espalda, encajando el pestillo.

Encendimos la luz y repentinamente me vi en un estudio. En un estudio o en una especie de oficina.

Por lo menos eso es lo que vi de inmediato, suponiéndolo nada más, ya que allí no había un solo papel que lo demostrara.

—Venga por aquí, John.

La seguí, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos, y ella me llevó a otra de las habitaciones.

Una mesa despacho, dos sillas y un par de sillones, y frente a la ventana, una estantería conteniendo libros.

Pero ni un solo papel.

Pensaba en ello cuando la voz de Elsa volvió a interrumpirme:

—Asómese a la ventana y dígame lo que ve, ¿quiere?

Lo hice sabiendo ya la verdad de lo que me iba a encontrar. No me equivoqué.

Vi la tapia, a lo lejos las luces de la estación de la 125th Street y las vías del tren. Lentamente me volví a mirarle.

Elsa, en pie en el centro de la estancia, un tanto pálida, me miraba fijamente de nuevo, desasosegándose con sus grandes, negros y luminosos ojos.

—Fue aquí, John —exclamó—. El viejo estaba sentado en aquel sillón —lo señaló—. El otro, o la otra, se mantenía aquí mismo, donde estoy yo, gesticulando a más y mejor. Luego, cuando se detuvo el tren, el viejo se puso en pie, se paseó de un lado para otro, sin dejar de discutir, hasta que reparó en la ventana abierta. Entonces corrió las cortinas, se volvió de espaldas y avanzó hacia la estantería. Fue entonces cuando el que fuera le atacó, derribándole al suelo. Es... es la verdad, John. Y yo no me lo he inventado. Nadie paga diez mil dólares por un sueño, ¿no?

Desde luego llevaba razón.

Pero había algo más. Los motivos que Elsa pudiera tener para mentirme. Ella afirmaba que no había estado allí, en aquella habitación, y yo sabía que sí. Quién y cómo lograron llevarla era algo que deseaba saber.

—¿Cómo dio con esta casa, Elsa? —pregunté.

Me sonrió nerviosamente y su rostro se coloreó suavemente.

—Fue por una casualidad, John. Creo que se lo dije antes, en el bar. No insistí.

Sabía que cuando una mujer dice que no a una cosa, lo mejor es no molestarla por el momento. Luego, más tarde, buscaría una ocasión propicia. Entonces lo diría.

—¿Nos vamos? —pregunté.

Se estremeció lo mismo que si tuviera frío.

—Sí —susurró—. Ahora mismo. No me gusta estar aquí. Ésa es la verdad.

La prendí del brazo, tiré de ella y al cabo de unos minutos nos vimos en la calle, avanzando rápidamente en dirección a donde había dejado estacionado el coche, por una calleja encajonada en la alta tapia que la separaba de las vías del tren.

Una calle oscura, silenciosa, vacía a todo lo largo.

Vi el «Jaguar» unos segundos antes de que empezaran a ocurrir cosas. Fue otro coche.

Un largo, potente y negro «Mercury» que desembocó en la que permanecíamos nosotros procedente de otra de las callejas.

Tomó la curva con un chirrido de cubiertas sobre el asfalto y casi en el acto, dominándolo, el poderoso rugido del motor cuando se lanzó hacia delante lo mismo que una bala arrimándose al bordillo de la acera donde nos encontrábamos.

Vi algo más y entonces empujé a Elsa que gritó roncamente cuando se vio lanzada al interior de uno de los oscuros portales.

A continuación me lancé al suelo buscando frenéticamente la culata de la «Magnum», cuando ya hasta mis oídos llegaba con entera claridad el ruido de los taponazos de una automática provista de silenciador «Maxim».

Las balas arrancaron el estuco de la pared aplastándose en ella con seco chasquido, mientras el «Mercury» pasaba a nuestra altura rugiendo como un extraño monstruo prehistórico.

Disparé a mi vez y cuando doblaba la esquina siguiente tuve la satisfacción de ver cómo el cristal trasero saltaba hecho astillas.

Una satisfacción muy pobre. Aquélla era la verdad.

Me puse en pie y corrí hacia Elsa que ya se estaba levantando. La ayudé, y ya frente a frente pregunté:

—¿Se encuentra bien? ¿Se hizo daño?

Se levantó un poco la falda mostrándome las piernas.

—Un poco —explicó—. En esta rodilla. Tardé en recobrar el aliento y contesté:

—Vámonos de aquí, linda. Esto, dentro de unos minutos, será un hervidero de policías. Era verdad.

Por encima de nuestras cabezas y debido al ruido que produjo mi automática, empezaban a abrirse las ventanas de las casas.

La tomé del brazo y tiré.

—Vamos, corra.

Lo hicimos así y en contados minutos nos encontramos dentro del «Jaguar».

Arrancamos y rápidamente la cosa fue quedando atrás.

Allá en la distancia y en tanto que ella me miraba fijamente, pude oír los pitos de la policía.

Un poco más allá rompí el silencio con una pregunta:

—¿Lo vio?

—¿Se refiere al conductor del coche? —Elsa misma se dio la respuesta—. No, no logré distinguirlo. Pudo ser un hombre o una mujer. De lo único que estoy segura es de que llevaba puesta la trinchera que ya usé una vez.

Tardó varios segundos en contestar, en el transcurso de los cuales procuré ordenar mis un tanto dispares pensamientos.

—¿No le parece que deberíamos avisar a la policía, Elsa? Se sulfuró.

Lo vi a través del retrovisor.

Primero su hermoso rostro se encendió fuertemente y a continuación sus negros ojos brillaron como carbones encendidos. Entonces contestó mordiendo las palabras:

—¡No! ¡De ningún modo! He pagado para que usted siga con este caso, pesquisa... hasta el final, si es que quiere continuarlo. Si no es así, dígamelo y buscaré a otro o lo terminaré yo por mi cuenta. Pero nada de policías. Con una vez que hablé con uno de ellos ha sido suficiente para mí, ¿comprende?

—El teniente

O'Hara

es un hombre muy inteligente, Elsa —dije.

—¡Y un cuerno! —me replicó irrespetuosamente. Por tanto callé.

Era mejor no continuar discutiendo ni por aquel camino. Ninguna de las dos cosas conducían a nada.

Pregunté al cabo de unos minutos:

—¿Dónde la dejo, Elsa?

—En su apartamento. Lléveme allí. Me dejó frío.

—¿Para qué? —volví a preguntar cuando me rehíce un poco.

—¡No sea absurdo, pesquisa! —estalló por segunda vez—. No para hacernos el amor, ¿comprende? Simplemente estoy asustada y necesito un lugar donde pensar libremente y sin miedo alguno.

—¿Y los Haskell?

—¡Al diablo con ellos! Bueno, ¿me lleva, sí o no?

—Correcto, nena, la llevaré —dije pensando en Eve y en lo que aquélla había prometido para la mujer que me acompañaba.

—Gracias.

Terminamos el viaje en silencio.

CAPÍTULO VII

Lo miró por todos lados.

Fue de una habitación a otra, como si estuviera en su casa, y luego regresó al «*living*». Me miró fijamente y comentó:

—Un bonito apartamento, pesquisa, pero un poco dejado, ¿no? —sonrió—. Claro que esto no ocurrirá a partir del momento en que yo me venga a vivir aquí.

Salté sobre el sillón en que me sentaba y ella soltó una alegre y argentina carcajada para añadir casi en el acto y sin darme tiempo para efectuar un solo comentario:

—Voy a prepararle algo de beber, John. Veo que después de mis palabras lo está necesitando.

Se me burlaba, pero estaba diciendo la verdad. Asentí en silencio y se fue dejándome solo.

Cuando volvió al cabo de unos cuantos minutos llevaba en las manos sendos vasos de *whisky* que depositó a mi lado encima de la mesita.

Entonces me puse en pie.

—Acabo de recordar algo, linda —dije yendo hacia el teléfono—. Perdóneme unos segundos.

Levanté el auricular y disqué.

Eve se puso de inmediato y claramente oí su suspiro de alivio cuando oyó mi voz.

Nuestra conversación apenas duró unos cuantos segundos. Luego volví a discar y ahora al otro lado del hilo oí la voz de Glen M. Fox.

—¿Dígame? —preguntó.

—Soy Dereck. ¿Y miss Dora? Deseo hablar con ella. Es importante.

—Déme el recado y se lo trasladaré, pesquisa —contestó con no

muy buenos modos.

—Correcto —dije no deseando discutir—. Haga el favor de decirle que lo lamento pero que esta noche no podré ir tal y como había pensado.

Colgó sin replicar palabra y me volví a mirar a la rubia y hermosa *miss* Presley. Me miraba a su vez y estaba bebiendo.

Esperé a que terminara, me senté, y de nuevo, una vez más, solté la pregunta:

—¿Cómo descubrió aquella casa, Elsa?

—Por una casualidad, John. Creo que con ésta ya son dos veces las que se lo digo.

Lentamente introduje la mano en el bolsillo trasero del pantalón y cuando se la mostré llevaba en ella un grueso fajo de billetes.

—Diez mil quinientos dólares, monada —dije fríamente tirándolos a su lado y sobre la mesita—. Esto, para mí, cierra el caso.

Botó materialmente sobre el asiento y se puso en pie con los ojos centelleantes:

—¿Qué...? ¿Qué está tratando de darme a entender?

Sin inmutarme bebí mirándola por encima del borde del vaso.

—Que me está mintiendo y por tanto no voy a ayudarla. Y es más, la voy a dejar completamente sola y ya sabe lo que eso significa. Usted está señalada por el asesino. La prueba de lo que digo la ha tenido esta noche, no hace mucho de ello. Ahora le doy un minuto para que empiece a hablar. Eso, o la dejaré aquí por esta noche mientras yo me largo a un hotel ya que no deseo complicaciones de ninguna clase, y mucho menos con papá Presley, ¿comprende?

—Es... ¡es usted odioso, pesquisa!

—Quizá sí, pero no olvide que usted me está obligando a ello. Por última vez, Elsa —dije poniéndome en pie—, ¿quién la llevó a aquella casa? Posiblemente el propio asesino, ¿verdad?

Lentamente se dejó caer sobre el sillón que ocupara antes y contestó:

—Me prometí a mí misma que no lo diría nunca. Fui brutal cuando repliqué:

—¡Cálleselo si quiere, Elsa! Incluso puede que esté mucho más hermosa con un negro agujerito en medio de la frente. El asesino la

conoce y no vacilará en eliminarla. Lo ha intentado esta noche y lo volverá a intentar tan pronto pueda. Dígame, ¿quién fue? ¿Uno de los Fox?

Tardó exactamente dos minutos en contestarme y lo hizo luego de haber bebido hasta casi apurar el *whisky* que quedaba en su vaso:

—Concerté una cita con Rod Fox, pesquisa —dijo con rencor—. Nos encontramos este mediodía en plena Quinta Avenida y fuimos a comer juntos. Luego se empeñó en que la acompañara y me llevó a aquella casa. Dijo que era o había sido una oficina de su propiedad y yo... yo la reconocí. Si lo hizo con intención o no, es algo que no sé. Sólo que tuve mucho miedo mientras permanecí allí. Creí... creí que no saldría viva, que me mataría en el acto, que me había atraído hasta allí seducida por una comida más o menos y por una charla también más o menos agradable, pero como ve, no ocurrió nada.

No lo entendía. Confieso que era así.

Rod M. Fox citando a mi cliente, a una joven y bella muchacha para llevarla a comer y acto seguido a la casa donde según ella se había cometido el crimen.

Por espacio de varios segundos estuve luchando conmigo mismo entre avisar de lo ocurrido al teniente

O'Hara

o no hacerlo, hasta que me decidí por lo último.

La pregunta de Elsa atajó mis pensamientos:

—¿Qué es lo que va a hacer ahora que lo sabe, John?

—Usted irse a dormir ahora mismo. Yo voy a salir.

—¡John!

Señalé la puerta de mi propio dormitorio mientras me ponía en pie.

—Usted, Elsa, va a ser una buena muchacha —dije—. Por tanto acuéstese y no abra a nadie; sólo a mí. Es decir, ni aún así, puesto que tengo llave, como cosa lógica Me comprende, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. Pero... La verdad es que no esperaba pasar la noche completamente sola en este apartamento, John.

—En ese caso —contesté—; salgamos juntos y busquemos un hotel. Vaciló un poco y finalmente se decidió.

—De acuerdo, usted gana; me quedo aquí. Pero, usted, ¿dónde va? Intenté una sonrisa.

—Por ahí —dije—. A dar un paseo.

Hizo un delicioso mohín con los labios y replicó:

—Bien, espero que durante ese paseo no le ocurra nada.

Ahora fui yo el que preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente que, a pesar de lo que ha dicho por teléfono, y no hace mucho, va a ir, y ahora mismo, a la quinta de los Fox. ¿Me equivoco?

—¿Cómo está tan segura?

—¡Oh! —Enrojeció un poco, vacilante, y añadió—: Dora y sus piernas. Sé que la conquistó en unas horas, en unos momentos. Sí, quizá sea eso último la verdad —hizo una ligera pausa y continuó—: Dígame, John, ¿va a casarse con ella?

Arrugué el entrecejo.

Sé que lo hice porque su pregunta implicaba para mí una difícil contestación por la sencilla razón de que no lo sabía. De que no había pensado en ello. Era exactamente como si lo preguntara refiriéndose a ella misma, Eve, o a la propia Margaret H. Fox.

Contesté pues, con la verdad:

—No lo sé, linda. La verdad es que en cuestiones de casamiento prefiero no opinar.

—¿No?

—Seguro que no.

Elsa me miró pensativa.

—Sí, quizá lleve razón —contestó acompañándome a la puerta. Allí mismo, en el umbral, me volví para enfrentarla.

—Quisiera que hiciera lo que le he dicho, Elsa —dije—. Que no se moviera de aquí ni abriera a nadie no estando yo, ¿comprende?

Se empinó sobre las punteras de los zapatos de alto tacón, me besó fugazmente y contestó:

—Correcto, John, haré lo que me dice.

Correspondí a la caricia, esperé que cerrara la puerta del apartamento y en menos de diez minutos me vi nuevamente frente al volante, conduciendo hacia la quinta de los Fox. Consulté el reloj cuando detuve el «Jaguar» bajo los árboles que había tras la quinta, a pocas yardas de la piscina donde la bella Margaret acostumbraba a bañarse y descendí del mismo.

Por espacio de varios minutos permanecí al lado del coche

trazando un plan a seguir.

Un plan que me fuera factible ya que, como esperaba, la quinta debía de estar cerrada y sus habitantes acostados. Durmiendo sin pensar para nada en que un «pesquisa» iba detrás de un asesino.

O tal vez sí que lo sabían.

También aquél, el asesino, luego de lo ocurrido cerca de la estación de la 125, podía estar esperándome.

Era lo más probable.

Me acerqué a la puerta trasera y la tanteé con los dedos.

Estaba cerrada, lo que no me tomó de sorpresa, ya que lo esperaba.

De nuevo, por segunda vez en poco tiempo, aquella noche me vi con el manojo de ganzúas en la mano.

Abrí la puerta.

Y al hacerlo comprendí que aquello no era ni más ni menos que un vulgar allanamiento de morada.

¿Dónde se encontraba Dora?

¿En la biblioteca o en su dormitorio?

Extraje la «Magnum» de la funda de la axila y, mientras lo pensaba, la deslicé al bolsillo de la americana, tanteando las paredes, completamente a oscuras, procuré orientarme en dirección a la biblioteca, cosa que conseguí al cabo de los veinte minutos siguientes.

Allí no había nadie.

Se encontraba tan silenciosa y oscura como el resto de la casa, por lo que me orienté ahora hacia la escalera situada al fondo del «hall».

Retrocedí sin abandonar la pared procurando orientarme en dirección a la escalera. La alcancé poco después y empecé a subir hasta el piso alto.

Pensando, preguntándome qué explicación iba a dar si me sorprendían allí como un ladrón.

Ninguna.

Sí, tal vez podía decir que habían pensado otra cosa y que a pesar de todo deseaba ver a Dora.

¿Era factible aquello?

Seguro que no, pero era lo único que se me ocurría por el momento.

Me acerqué a la puerta tras la cual dormía ella sin saber aún qué es lo que iba a buscar en el interior de la quinta.

La empujé lentamente y escuché.

La tenue respiración que oí casi en el acto me dijo que se encontraba durmiendo, por lo que continué mi ronda.

Unos minutos más tarde sabía que en la quinta sólo se encontraban Maggie y Dora. Tanto Rod como Glen brillaban por su ausencia.

¿Cuál fue el que disparó a través de la ventanilla de el «Mercury»? ¿Era un coche robado o por el contrario, pertenecía a los habitantes de la quinta?

Aqué! era un problema de fácil solución por lo que le di de lado para dejarlo para más adelante.

Entré en la habitación de Rod Fox, el hombre que había llevado a Elsa a la casa donde se cometió el crimen.

Encendí la luz y luego cerré la puerta a mi espalda, pero sin pasar el cerrojo. Empecé a buscar sin saber qué.

La registré de cabo a rabo, dejando el armario para el final.

Y precisamente allí encontré algo que no esperaba, una barra de hierro, un atizador de una chimenea, un tanto doblado, y unos zapatos llenos de tierra y barro, un barro que podía muy bien pertenecer al que había en torno a las vías de la estación de marras.

Por espacio de un cierto tiempo lo estuve examinando todo y luego, con ellos en la mano, hice ademán de volverme cuando Dora dijo a mi espalda.

—Buenas noches, pesquisa. Confieso que no te esperaba en este momento. Me volví a mirarla.

Dora llevaba una *negligé*. La misma que ya le viera una vez en la biblioteca y en la mano la pequeña automática con la que ya me apuntara una vez.

—Te oí y me asustaste, John —dijo sonriendo, en tanto la guardaba entre los senos—. ¿Es que no puedes avisar cuando vas a venir? Cualquiera día te voy a pegar un tiro, cosa que lamentaré después.

—Gracias —dije, para preguntar en el acto y sin transición alguna—: ¿Quién te dio el recado de que no iba a venir, preciosa?

—Glen. ¿Por qué?

Sin replicar a su pregunta formulé otra:

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Se fue. Dijo que tenía una cita en Nueva York, con una chica y que esta noche no volvería.

Repentinamente pareció darse cuenta del lugar donde nos encontrábamos, ya que preguntó:

—¿Dónde está Rod? ¿Es que se ha ido? Y tú, ¿qué haces aquí?

—Me aburría en Nueva York, linda —contesté—, y por eso vine. En cuanto a Rod, creí que tú me lo dirías.

—¿Yo?

—Claro. ¿No es tu hermano?

Me miró fijamente arqueando levemente la ceja derecha y replicó:

—No le he visto en toda la tarde.

Se me acercó hasta rozarme y preguntó:

—John, ¿es que ocurre algo?

Pensé en el atentado sufrido, en la barra que había encontrado en el interior de su armario y en aquellos zapatos.

¿Del muerto, o del propio Rod?

—No, no ocurre nada, Dora —dije inclinándome sobre ella para besarla.

Lo hice notando sus brazos en mi cuello y la caricia de sus dedos de nacaradas uñas en mi nuca y sentí pesar.

No me gustaba aquello.

Le hacía el amor a Dora y por otra parte estaba intentando llevar a su hermano a la «silla».

No era correcto, pero Dora me gustaba más, mucho más que todas las mujeres que había conocido.

Llegaba a este punto de mis pensamientos cuando ella se separó de mí con el rostro ligeramente colorado.

—¿Qué es lo que ocurre con Rod, John? —preguntó.

Me di cuenta de que sospechaba, de que no lograba engañarla en modo alguno, por lo que contesté:

—¿Con Rod...? Nada que yo sepa —hice una ligera pausa y logre preguntar un segundo antes de que ella hiciera ademán de interrumpirme—: Y Maggie, ¿dónde está?

Se sobresaltó.

—Pues... pues durmiendo, ¿no? Oye, no se habrá ido también, ¿verdad?

—No, creo que no.

Me miró suspicaz y preguntó:

—¿Quieres que la llame?

—¿Para qué?

—¡Oh! Eso tú sabrás, John.

No contesté.

Giré en redondo y abandonamos el dormitorio de Rod.

Fuera, en el pasillo, ahora completamente iluminado, ya que Dora había encendido las luces, pregunté:

—¿Tienes algo para beber?

—Supongo que sí —dijo—. En el frigorífico tiene que haber. ¿Qué te sirvo?

—*Whisky*, si hay.

Fuimos hasta el «*living room*» donde me dejé caer en uno de los sillones.

En pie frente a mí, apenas cubierta por la trasparente «negligé», Dora permaneció mirándome por espacio de varios segundos, dándome la impresión de que deseaba decirme o preguntarme algo, hasta que finalmente giró en redondo sobre sus pies completamente descalzos y desapareció de mi vista sin pronunciar una sola palabra.

Cuando apareció llevaba en la mano un solo vaso con *whisky* que depositó a mi lado, sobre una mesita. Sobre la «negligé» se había colocado una especie de bata de casa de seda natural.

Se había recogido el pelo y al mirarla ahora me dije que jamás había visto una mujer tan hermosa como aquélla.

Incluso la pequeña damita de Albany quedaba en segundo término ante Dora. Se sentó frente a mí, cabalgó una pierna sobre la otra y preguntó:

—¿Y bien, John?

—Bien, ¿qué? Me sonrió:

—Vamos, amor —dijo— desembucha, ¿quieres?

—¿Qué es lo que...?

Hizo un gesto con la mano y me interrumpí.

—Escucha, John —acusó señalándome con el dedo— tú has venido esta noche aquí con un propósito determinado y no precisamente para hacerme el amor o maravillarte en la contemplación de mis hermosas piernas ¿verdad? Vamos, ¿qué es ello?

Dejé transcurrir más de treinta segundos en silencio que aproveché para echar un trago.

Al terminar ya sabía lo que debía hacer.

—Esta noche atentaron contra *miss* Presley cuando estábamos cerca de la estación de la 125th Street, Dora. Un tipo que iba al volante de un «Mercury» pintado en negro. ¿Hay algún coche de esa marca en esta casa, linda?

Dora abrió mucho los ojos y contestó:

—No, John. De eso puedes estar completamente seguro. Y... Bueno, yo ya oí la versión de esa muchacha, pero... ¿por qué la creíste? Si mal no recuerdo, nadie puede probar que fue un asesinato, cielo. Todos vimos a mi tío ahí tendido, al pie de la escalera y...

—¿Dejó testamento? —pregunté.

—¡John!

—¿Lo dejó?

—Claro. ¿Has podido pensar en lo contrario?

—No, de ningún modo, preciosa. Y dime, ¿quiénes son los beneficiarios?

—Todos nosotros. Maggie, Rod, Glen y yo.

—¿A partes iguales?

—Maggie, como hija suya, es la que recibe el mayor legado de todos. En cuanto a Rod, yo misma y Glen, lo recibimos en partes iguales. Por tanto, como ves, por esa parte no se puede sacar nada en limpio, a no ser que cometas el estúpido error de creer a Maggie la asesina de su propio padre.

—Podría serlo, ¿no? No es la primera mujer ni sería el primer hombre que matara a su...

—¡John! ¿Es que estás loco? Por otra parte no se puede probar que nadie matara a H. Fox padre.

La miré pensativamente y dejé caer una a una las palabras.

—Yo sí puedo hacerlo, linda. Incluso he estado en la casa donde le asesinaron.

—¡John! Pero... pero... ¡Eso es increíble!

—Todo lo increíble que tú quieras, pero real —contesté.

—¿Quién lo hizo? Tú lo sabes, ¿verdad? No supe qué contestar.

Tampoco quise decirle cuáles eran mis sospechas, pero Dora demostró su inteligencia al añadir en vista de mi silencio:

—Sospechas de mi hermano, ¿verdad?

—No he dicho eso, y tú lo sabes, Dora.

—Sí, claro, no lo has dicho. Desde luego es verdad, lo que no quita que en tu fuero interno lo pienses así.

—Vuelvo a repetirte que...

—Por favor, John, no discutamos, ¿quieres?

No supe lo qué contestar, por lo que tomé el vaso y empecé a beber.

CAPÍTULO VIII

Terminaba cuando Dora rompió el silencio.

—Será mejor irse a dormir, John —me miró intensamente y preguntó—: ¿Vas a quedarte?

Denegué con la cabeza pensando en *miss Presley*.

—No. Esta noche no —hice una ligera pausa y pregunté—: Dime, Dora, ¿sabes a dónde fue tu hermano?

—¿Tan importante es que lo sepas tú?

—Sí, mucho.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Sencillamente hablarle. Darle una oportunidad para que me explique lo que hizo el día en que *míster H. Fox* murió.

Dora se mantuvo pensativa unos cuantos segundos y preguntó:

—¿Es necesario, John?

—Sí, muy necesario, querida. Quiero hacerlo antes de que la policía se le eche encima, ¿comprendes?

—Sí, creo que sí, pero no lo sé. Aunque no me creas, John, no sé dónde ha ido. Me puse en pie, me incliné, tomé el vaso de *whisky* y lo apuré de un trago.

—Correcto, linda —dije—. Te creo. No obstante, tan pronto como le veas, dile que se ponga en contacto conmigo. Será lo mejor que pueda hacer.

Estaba mintiendo.

No podía decirle en modo alguno lo que pensaba hacer con Rod Fox, por muy hermano suyo que fuera, si conseguía ponerle la mano encima.

Tampoco podía decirle lo que había encontrado en el armario de aquél si no quería que las pruebas se las llevara el diablo.

—Buenas noches, linda —fue lo que dije yendo hacia la puerta.

Me acompañó hasta la de salida y allí nos despedimos.

Y no nos besamos. Una barrera se había interpuesto entre los dos. Me di cuenta de ello cuando avancé en dirección al «Jaguar» para a continuación empuñar el volante y conducir directamente hacia el edificio donde tenía instalado mi apartamento.

Hacia el lugar donde me esperaba Elsa Presley. La encontré allí apenas si entré.

Pero no estaba sola.

Eso lo supe apenas empujé la puerta que daba acceso al «living» y casi a costa de mi propio pellejo.

Como digo, la empujé abriéndola, y Eve giró en redondo hacia mí apretando el gatillo de la pesada automática que llevaba en la mano.

Vi el fogonazo, oí el zumbido de la bala a su paso cerca de mi oído y me lancé al suelo sin hacer nada por repeler la agresión.

Casi en el acto escuché su pequeño y asustado grito y luego parte de sus palabras.

—¡John! ¡Oh...!

Vino a mis brazos, soltando la automática provista de silenciador cuando ya me estaba poniendo en pie y sollozó entrecortadamente escondiendo la cabeza contra mi pecho mientras yo miraba el cuerpo caído de mi rubia damita de Albany.

En el centro del «living», boca arriba, con los hermosos y desasosegantes ojos espantosamente abiertos fijos en el techo y un gesto de mortal sorpresa en su bello semblante.

Un negro agujerito en su tersa frente, que apenas sangraba, marcaba el lugar por donde se le había ido la vida.

Aparté a Eve de mis brazos y me acerqué para examinarla.

Lo hice lentamente y luego me volví hasta encarar a mi secretaria y no tuve tiempo de pronunciar palabra ya que Eve lo hizo antes:

—John, amor... Yo... yo no fui. No la maté. Puedes creerme. Estaba ahí mismo cuando entré. Muerta...

Miré la automática que ella había dejado caer al suelo tan pronto como se dio cuenta de que era yo el que entraba.

—Ese arma, ¿dónde se encontraba? —pregunté. Palideció como una muerta y contesto:

—Ahí, en el suelo, junto a ella. Yo... ¡Oh, John! La tomé del

suelo. Fue algo instintivo. Y es la verdad. No, no la maté. ¡Créeme, John! Es verdad lo que te digo.

Ambos nos estábamos tuteando sin darnos cuenta y continuamos del mismo modo cuando repliqué.

—Y precisamente, en ella, están las huellas de tus manos. Huellas que son lo bastante para llevarte a la.

—¡No! —gritó—. ¡Yo no lo hice, John!

Me prendió por las solapas de la americana y roe zarandeo llorando histéricamente.

—¡No...! ¡No, John! ¡No, no fui yo...! Abrió la boca y gritó.

No quise hacerlo, pero no tuve más remedio. La golpeé, a un lado de la cara, y delante de mis ojos la vi girar con la ropa a medio muslo mostrándome parte de la innegable maravilla de sus piernas hasta que cayó de rodillas.

Su expresión era patética y su rostro estaba horriblemente pálido cuando se levantó trabajosamente y me enfrentó, mientras que yo, con mi pañuelo, me dedicaba a limpiar las huellas que pudiera haber en la automática.

Se acercó a mí, silenciosa y felina, sin atreverse a lanzar una sola mirada al cadáver de Elsa Presley.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo, John?

Terminé con el arma y la deposité blandamente en el suelo cerca del Cadáver de la pequeña rubia:

—No quiero que vean las huellas de tus dedos en el arma, linda —dije.

—Pero... pero ¿has pensado que al borrar mis huellas también borras las del asesino contando con que no usara guantes?

—Sí, lo sé. Pero es un riesgo que tengo que correr.

Se acercó más y por unos segundos luché conmigo mismo para no abarcarla por la cintura y estrecharla contra mi pecho delante del cadáver.

—Eso es... —empezó.

La atajé con un gesto y dije:

—Vas a irte ahora mismo, linda, ¿comprendes? No quiero verte cerca de aquí. Tú no has estado en mi apartamento para nada. No me has visto en todo el día. No has aparecido por aquí desde hace días, ¿entiendes? Si la policía te interroga contesta esto y nada más. Diles... Bueno, pequeña, diles que has estado arreglando unos

papeles que para ti son más interesantes que cosa alguna.

Abrió mucho los ojos y preguntó:

—Si me preguntan, ¿qué clase de papeles les digo? Sonreí.

A pesar del cadáver de Elsa sonreí.

—Muy sencillo, ricura, los que te van a hacer falta delante del juez que va a casarnos tan pronto como acabe esto.

—John...

Vino hacia mí y se detuvo mirándome, con los ojos muy abiertos, mirándome de hito en hito hasta que por fin comentó en un suave susurró:

—John, amor... lo estoy oyendo y, sin embargo, no puedo creer... Pero, sí, sé que es cierto, que no me estás engañando.

Los ojos se le cuajaron de lágrimas y cuando creía que se iba a lanzar entre mis brazos para besarme no lo hizo. Dio media vuelta, alcanzó la puerta del «*living*» y desde el umbral de la misma se volvió para mirarme.

—Gracias, John. Es... es mucho más de lo que yo podía esperar. Se fue sin darme tiempo a pronunciar una sola palabra.

Al quedar solo no toqué el cadáver, aunque sí volví a mirarle por todos lados pensando en muchas cosas al mismo tiempo.

Entre ellas en el teniente

O'Hara.

¿Qué diría ahora? ¿La tildaría de visionaria? ¿Intentaría quitarme la licencia?

Aquello último era lo más seguro.

Con ese convencimiento me acerqué lentamente al teléfono y descolgué el auricular. Marqué en tanto me formulaba multitud de preguntas para cada una de las cuales sólo había una respuesta. La de que no la sabía.

—Precinto de policía. ¿Dígame?

Aquellas palabras rompieron el hilo de mis pensamientos en multitud de trozos diferentes y contesté:

—¿El teniente

O'Hara?

—Está ocupado.

—Me llamo John Dereck, agente, y quiero hablar con él. Es importante. Un asesinato ¿entiende?

Lo entendió en el acto, ya que farfulló luego de lanzar el

correspondiente respingo:

—Por favor, no se retire. Ahora mismo se pone con usted.

Me apresuré a tranquilizarme y al cabo de unos cuantos segundos de silencio oí su voz.

—¿Dereck?

—Sí, yo mismo.

—Acaban de decirme que... Le atajé en seco.

—Han matado a *miss* Elsa Presley en mí propio apartamento, teniente. Como ve, sus visiones la han llevado a este fin. Vamos, ¿a qué espera para venir?

Oí un interminable chorro de maldiciones y al acabar con el repertorio estalló:

—Eso nos traerá complicaciones con la policía de Albany, pesquisa. Por tanto, si no quiere perder la licencia no se mueva de ahí. Usted y yo tenemos que hablar.

Le prometí lo que quiso y colgué.

Pensaba en el matrimonio Haskell, al que no, conocía, y pensaba a mi vez en el viejo padre de Elsa. ¿Qué diría? ¿Acaso iban a culparme a mí?

Era casi seguro.

Desde el lugar en que me encontraba lancé una fugaz mirada al cadáver de la muchachita rubia y me dejé caer en uno de los sillones mientras un sentimiento de venganza se iba apoderando de mi corazón.

Apenas si lo hube hecho, el timbre del teléfono estalló dentro del «*living*» sobresaltándome.

Tomé el auricular.

—Dígame...

—¿John Dereck?

La voz era espesa, sofocada, como si mi interlocutor o interlocutora tratara por todos los medios de disfrazarla.

—Sí. Yo mismo —contesté.

Siguieron unos segundos de silencio y la voz dijo:

—¿Le interesa el asesinato de míster H. Fox?

—¿Cómo sabe que le mataron?

—Eso no importa, pesquisa. ¿Le interesa? ¿Sí o no?

—Correcto, desembuche —dije—. ¿Qué es ello?

—Simplemente que vaya a unas señas que voy a darle. Calle 17,

número 789, octavo piso, letra F. Vaya ahora si quiere. Es interesante.

—¿Una trampa?

—¡Al diablo si piensa así, fisgón! Estoy tratando de ayudarlo.

Colgó sin esperar respuesta y mientras soltaba el auricular en el gancho mis ojos tropezaron una vez más con el cadáver de mi rubia damita.

Me estremecí.

Luego me puse en pie. Consulté mi reloj de pulsera. La una y treinta de la madrugada. Habían ocurrido muchas cosas en pocas horas. Demasiadas para asimilarlas de una vez. Repentinamente oí el aullido de las sirenas de la policía y entonces me decidí. Atravesé el «*living*», fui a mi dormitorio, abrí la ventana, pasé la pierna sobre el alféizar y minutos más tarde alcancé la calle por la escalera de emergencia.

Me acerqué al garaje donde guardaba el coche cuando ya el teniente

O'Hara

estaba estacionando el suyo frente a la puerta donde yo tenía mi apartamento.

Conduje lentamente hasta la calle 17.

Busqué el número hasta que logré distinguirlo y entonces detuve el coche media cuadra más abajo.

Retrocedí a pie no sin antes haber examinado a conciencia la carga de la «Magnum» y entré en el portal.

A la luz del encendedor examiné la tablilla indicadora. Ada Lancaster.

Ése era el nombre que correspondía al apartamento que mi anónimo informante me había dado por teléfono.

Subí empleando la escalera y ya en el pasillo, alumbrándome siempre con el encendedor me acerqué a uno de los automáticos de la luz y la encendí.

Dos minutos más tarde me encontraba pulsando el zumbador de aquella puerta preguntándome qué diablos iba a encontrar allí a las dos de la madrugada.

Tuve que llamar un par de veces más antes de que hasta mis oídos llegara la voz airada de un hombre.

Una voz que yo conocía demasiado bien.

Después sus pasos y acto seguido el deslizar de la llave en la cerradura y la puerta se abrió enmarcándole en el umbral.

—¡Usted!

Hizo ademán de cerrar la puerta en mis narices pero no pudo. Empujé hacia dentro y le llevé dando traspiés hasta el centro de la estancia. Cerré a mi espalda y justo en aquel momento, viniendo de una de las puertas interiores, vi a la mujer.

Pelirroja, alta y delgada pero sin llegar a la exageración. Grandes ojos color avellana, senos altivos, pujantes, estrecha la cintura y las piernas, apenas cubiertas por lo que llevaba puesto, que era muy poco, eran largas y maravillosamente torneadas.

Fue ella la que rompió el penoso silencio que reinaba en el interior del apartamento y lo hizo con una pregunta dirigida a Glen M. Fox.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es ése, querido? Glen hizo una mueca.

—Un fisgón, Ada. Un entrometido. Un «pesquisa» de Nueva York. Habrá que preguntarle lo que quiere, ¿no? Y enseñarle modales. Sobre todo para entrar en las casas según a qué horas.

Cruzó la estancia y fue al teléfono.

Levantó al auricular, alerta como un gato frente a un ratón, esperando que yo me lanzara contra él, pero le defraudé ya que no me moví.

Simplemente me limité a decir:

—Si va a llamar a la policía, M. Fox, piénselo antes de hacerlo. Arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque si lo hace, le acusaré a usted de dar muerte a su tío. ¿No es ése el parentesco que le unía a míster H. Fox? Por otra parte, *miss* Presley, la muchachita rubia que vio cometer el crimen, ha muerto también. La han asesinado no hace ni una hora. El teniente O'Hara

del Departamento de Homicidios deseará saber en qué invirtió su tiempo el día del asesinato, y el de hoy.

—¿Hoy? No me he movido de aquí, pesquisa. Ada puede atestiguar eso. Sonreí señalando el interior del lujoso apartamento.

—Creo, M. Fox, que la declaración de *miss* Lancaster no será válida en modo alguno. Al contrario, con respecto a ella y a este apartamento, la policía querrá saber con qué medios cuenta usted

para mantenerlo. Si tiene fortuna personal, si eliminó a míster H. Fox porque necesitaba la herencia para continuar con *miss* Lancas...

Fue entonces cuando se lanzó contra mí llevando la cabeza baja.

Me aparté a un lado y de pasada le golpeé la nuca con el canto de la mano.

No fue un golpe muy fuerte pero sí lo suficiente para que sus rodillas se doblaran estrellándose en el acto contra el suelo.

Y Boqueó, intentó ponerse en pie mientras de soslayo miraba a Ada que con las manos sobre los pujantes senos se mantenía mirándonos en silencio, cosa que consiguió al tercer intento.

—Va a pagarme este golpe, pesquisa del infierno —farfulló—. Lo va a pagar aunque... Le atajé.

—¿Por qué no deja ese deseo para más adelante y hablamos del motivo que me ha traído aquí, M. Fox?

—¡Al diablo usted y... y...! ¡Vamos, lárguese! Ada intervino en aquel entonces.

—¿Por qué no nos comportamos como personas civilizadas, nos sentamos y discutimos esto con calma?

M. Fox se volvió hacia ella como una fiera, soltó una maldición y luego, de una manera que me asombró, fue a sentarse en uno de los sillones.

Me miró y dijo:

—Desembuché, pesquisa; ¿qué quiere?

Me senté a mi vez, y esperé durante unos segundos antes de responder.

CAPÍTULO IX

Cuando lo hice mis ojos estaban fijos en los hermosos y rasgados de Ada.

—Quiero saber dónde estuvo hoy, M. Fox, y ya le expliqué el porqué.

—¿Sí?

—Sí.

Quedó pensativo unos segundos, luchando consigo mismo entre contestarme o no, hasta que optó por lo primero.

—Antes quisiera hacerle una pregunta, Dereck —dijo—. ¿Quién le dijo que me encontraría aquí? Si mal no recuerdo, jamás lo mencioné.

—Desde luego no lo hizo, M. Fox, pero recibí una información al respecto. Esperaba a la policía en mi apartamento cuando me llamaron por teléfono dándome esta dirección.

—¿Quién fue?

Me encogí levemente de hombros.

—No lo sé —dije—. No pude reconocer su voz.

Su rostro se nubló y vi la furia en sus ojos. No obstante su voz sonó completamente normal cuando contestó:

—Escuche, Dereck, sé lo que está pensando —afirmó—. Que yo maté a mister H. Fox y eso no es cierto, estuve en la casa hasta bastante tarde, y me refiero al día del asesinato si es que se puede probar que lo fue... que se probará con la muerte de esa chiquilla de Albany, ¿no? Bueno, como iba diciendo, permanecí en la quinta hasta muy tarde y luego me fui a Nueva York. Vine directamente aquí y Ada y yo pasamos la tarde juntos.

—¿En este apartamento?

—No. Permanecimos en el mismo hasta que ella se hubo vestido

para salir y luego nos fuimos a comer a un restaurante de la Quinta Avenida. Más tarde bailamos en un club de Broadway —citó los nombres y añadió—: Regresamos aquí de madrugada. Ahora, si quiere verificar eso puede hacerlo.

—Y esta noche ¿también han estado cenando y bailando por Broadway y la Quinta Avenida?

Ada abrió la boca para hablar, pero M. Fox la atajó con un gesto.

—No nos hemos movido de aquí. Desde la quinta me trasladé directamente a esta casa y ya no he salido. Pruebe lo contrario si puede, Dereck.

Me puse en pie.

Casi en el acto Ada preguntó:

—¿Dónde va, míster Dereck?

—A la policía. A decirle al teniente

O'Hara

todo lo que su amante me ha contado a mí. Su rostro no se inmutó pero si dijo:

—Vamos a casarnos el mes que viene, Dereck. Se lo digo por si no lo sabía.

Aquella declaración habría ante mí un mundo de posibilidades por lo que pregunté:

—¿Lo sabía míster H. Fox?

Fue Ada la que me dio la respuesta:

—¿Nuestras relaciones? ¡Claro que sí!

Sonreí, pero estoy seguro de que mi sonrisa no gustó a ninguno de los dos.

Ahora me dirá usted, *miss* Lancaster, que míster H. Fox las veía con buenos ojos, ¿verdad?

—Se equivoca, Dereck, porque no voy ya decirle nada de eso. Míster H. Fox amenazó con desheredar a Glen si éste continuaba sus relaciones con...

—¡Ada!

Ella ladeó su linda cabeza para mirarle y preguntó:

—¿Por qué no voy a decírselo, querido? ¿Por qué no le de hacerlo si es la verdad? Ahora, que Dereck crea lo que mejor le acomode. Tú no le mataste que es lo que importa —se volvió a mirarme y espetó—: ¿Cuánto quiere cobrar por sacar a Glen de este lío, pesquisa?

—Cobro por buscar a un asesino, *miss Lancaster* —repliqué—. Es decir, ya he cobrado por ello.

—Y cree que lo ha encontrado ya, ¿verdad, Dereck? Miré a Glen M. Fox y pregunté:

—¿Y no es así?

Me miró lleno de aburrimiento.

—No, Dereck —contestó—. No es así. Ahora, si quiere, puede ir en busca de la policía. Buenas noches.

Era una despedida.

Hasta el más lerdo lo hubiera comprendido.

Por tanto di media vuelta y Ada me acompañó hasta la puerta. Una vez la hubo abierto musitó quedamente:

—Créame, Dereck, Glen no mató al viejo, y no por falta de ganas. Quizás lo hubiera hecho de no adelantarse alguien a ello.

—¿Sí? ¿Y quién?

—Eso no soy yo la que debo decirlo, querido —me contestó—. Ni decirlo ni siquiera intentar sospecharlo. Pero busque entre la familia y quizás reciba una sorpresa.

—¿Qué quiere decir?

Me miró pensativa por espacio de varios segundos y replicó:

—Alguien sabía que el viejo amenazó con desheredarle si continuaba conmigo y...

—Eso es un contrasentido, *miss Lancaster*.

—No, no lo es y si deja de interrumpirme le diré por qué. —Hizo una ligera pausa y continuó—: Yo veo las cosas así, Dereck, el que fuera, el que oyó la conversación o la discusión, si la quiere llamar así, entre Glen y míster H. Fox, necesitaba con urgencia unos miles de dólares y quizá los necesitaba con tanta prisa que no pudo esperar a que éste muriera de muerte natural y quizá, repito, a que cumpliera su amenaza de desheredarle, y le mató sabiendo que al descubrirse todo esto que le cuento las sospechas recaerían necesariamente en él.

—También es un contrasentido, *miss Lancaster*.

—¿Por qué? El asesino, al matarle antes de que cambiara el testamento mostró ser una persona lista. Necesitaba esos dólares y los consiguió. Ciertamente que podía haber esperado a que desheredara a Glen con lo que hubiera cobrado más pero al mismo tiempo, el inculparle a él hubiera sido de todo punto imposible. No había

motivo. Es decir, quedaba uno, pero muy remoto. Tanto que la policía lo hubiera desechado casi en el acto. El de la venganza. Le mató porque le desheredó, ¿no? Pero eso no conducía a nada ya que en el transcurso del tiempo podía granjearse nuevamente sus simpatías para que le incluyera por segunda vez en el testamento. Por lo menos, ése es mi criterio, pesquisa.

—Un criterio y una historia hecha a la medida de sus deseos, ¿no, *miss* Lancaster? Vi la furia en sus ojos pero a pesar de ello me contestó con suavidad:

—¡No sea imbécil, pesquisa! Y... continúe pensando de ese modo y hará carrera, querido.

No contesté.

Era mucho lo que tenía que pensar.

Y lo era precisamente por ser una buena historia. La mejor que me habían contado en mucho tiempo. No utilicé el ascensor.

Descendí pausadamente por la escalera y alcancé la calle.

Una vez en el interior del «Jaguar», ya con el motor en marcha, levanté los ojos hacia las ventanas correspondientes al apartamento de Ada Lancaster.

Había luz en ellas.

Una luz que se apagó a los pocos minutos y entonces, pensando en Eve, comprendí que tenía sueño, que debía irme a dormir.

¿Un hotel?

O yo era tonto de remate, o tanto los hoteles como mi propio apartamento estarían vigilados por la policía. En contados segundos o minutos el teniente

O'Hara

habría cursado una descripción mía, tal vez una fotografía o cualquiera sabía cuántas cosas más. Un par de policías más estarían esperándome, sino en el interior de mi propio apartamento, sí en la escalera o en la calle.

¿Dónde ir? ¿Al apartamento de Eve?

Antes de poder contestarme a aquella pregunta vi un bar y conduje hasta la puerta del mismo.

Estacioné el «Jaguar», descendí, crucé la acera y entré.

—*Whisky*.

El barman me lo sirvió sin pronunciar palabra y tomé el vaso empezando a beber pausadamente.

Pensaba en las palabras de Ada Lancaster, la amante de Glen M. Fox. La mujer con la que iba a casarse según sus propias palabras aunque yo no lo creyera ni mucho menos.

En fin, la mujer que había suscitado una riña con H. Fox el cual le había amenazado con dejarle sin un solo dólar.

A pesar de aquello, los dos habían continuado visitándose, viéndose en público, sin temor alguno.

¿Por qué?

Me formulé la pregunta pensando en Eve.

Entonces fue cuando abandoné la barra dejando el *whisky* casi intacto y entré en la cabina telefónica.

Unos segundos más tarde me encontraba comunicando con Eve.

—Hola, preciosa, ¿cómo van esos papeles? —pregunté tan pronto como oí su voz al otro lado del hilo.

—¡John! ¡Oh, querido! —Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Qué es lo que ocurre?

—¿Ocurrir? Nada que yo sepa. ¿Algo extraordinario? Me entendió perfectamente ya que replicó:

—

O'Hara

ha estado aquí preguntando por ti.

—¿A esta hora?

—Sí, claro, y posiblemente tiene vigilado el apartamento.

Aquello echaba por tierra todas mis ilusiones por lo que repliqué con una pregunta pero sin decirle nada de lo que estaba pensando.

—¿Qué quería?

—Me habló de la muerte de *miss* Presley —noté como su voz enronquecía—. Dijo... Bueno, John, dijo que si te veía que te mandara al precinto o en caso contrario perderías la licencia.

Solté una risita y contesté:

—¿No me ha acusado de su asesinato?

—No. De ningún modo. No obstante está disgustado. Muy disgustado, John. Por lo visto ha llegado a la misma conclusión que llegaste tú. A la completa seguridad de que ha dado un horrible tropezón con la muerte de *míster* H. Fox. Al parecer, ahora está convencido que no fue un accidente sino un asesinato.

—¡Pobre teniente! —contesté—. ¡Me parte el alma sólo de pensarlo! Se rió pero su risa era a todas luces forzada.

—John, ¿por qué no vas a verle?

—¿A quién? ¿A

O'Hara?

—Sí, claro. Puede ser importante para ti, querido.

—Ni lo sueñes, linda.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Nada. Por lo menos en lo que queda de noche, no voy a hacer nada. Sólo dormir.

—¡John! —exclamó—. Si vas a tu apartamento no podrás entrar sin tropezarte con ellos. El teniente

O'Hara

lo debe tener vigilado.

—Lo he supuesto, linda —dije—. Por tanto buscaré un hotel.

—¿Hace falta eso, John? Puedes venir aquí, al mío. Anda, te estaré esperando.

—Me temo, querida, que eso tampoco puede ser. Si no me equivoco, tú misma has dicho que...

—¿Dónde te encuentras ahora, John?

—En un bar.

—Es lo que he supuesto. Pero ¿dónde?

—En el «Michigan», en la calle 20. ¿Por qué?

—Espérame ahí que enseguida voy.

—¡Eh! Pero...

Me interrumpí cuando oí el clic que efectuó el auricular de su teléfono cuando colgó sin darme tiempo a terminar con mi frase de protesta.

Entonces maldije.

Y continué maldiciendo aún después de haberme acomodado en la barra frente a mi vaso de *whisky*.

A esperar.

Como si no tuviera nada que hacer. Como si aquello fuera la única preocupación que tuviera en aquella noche que no tenía trazas de terminar, y si terminaba alguna vez, sería de una forma en la que yo no tenía ni la más ligera idea.

Mediaba mi tercer *whisky* cuando la puerta del establecimiento de bebidas se abrió enmarcando en el umbral la figura felina y provocativa de Eve Corrigton, mi secretaria y prometida.

Salté del taburete al suelo y salí a recibirla prendiéndola de un

brazo.

—Hola, linda —dije—. Vamos a sentarnos en una de las mesas.

Se dejó conducir sin replicar pero me besó fugazmente tan pronto como me incliné para tomar una silla y colocarla convenientemente para que se sentara.

Terminaba de hacerlo cuando se presentó el barman llevando en la mano el vaso con mi *whisky* que depositó frente a mí.

—¿Y usted qué desea tomar, *miss*?

—Otro *whisky*, por favor.

Esperamos a que lo hubiera servido y tan pronto como se alejó en dirección al mostrador pregunté:

—¿Cómo se te ha ocurrido venir, Eve?

Me dedicó una de sus luminosas sonrisas y contestó:

—Para evitarte complicaciones con otras mujeres, querido. Puedes tropezar con alguna y a estas horas de la madrugada eso siempre suele ser peligroso.

Estuve tentado de mandarla al diablo, pero lo que dije fue:

—Acabo de tropezarme contigo, linda.

—Sí, claro. Y es por eso por lo que me has esperado. Porque no sabes lo peligrosa que suelo ser. No, querido, a pesar de todo, a pesar de tus besos y caricias, no lo sabes. Y ojalá no lo sepas nunca. ¿Y sabes por qué, cielo? Porque una vez que nos casemos mataré a toda la mujer que te ponga los ojos tiernos o te enseñe las piernas algo más de lo correcto.

No contesté.

No lo hice, pero me bebí el *whisky* de golpe.

Luego estudié el vaso. Como si no lo hubiera visto nunca. Como si para mí aquél fuera un artículo de nueva factura y jamás visto en el mercado.

Hasta que Eve preguntó:

—¿Qué es lo que te preocupa, John? Este caso, ¿verdad?... Aparté mis ojos de aquello tan raro llamado vaso, y contesté:

—Correcto, vida. Eso es lo que me preocupa.

—Creí que tendrías sueño.

—Lo tengo, pero lo estoy olvidando. No tengo más remedio. Soy como un alma en pena perdida entre varios millones de las mismas, sin saber ni dónde ir ni a dón...

—John, por favor...

Me miró fijamente, y cuando su hermoso rostro se coloreó fuertemente, dijo desviándolos:

—Podemos ir a un motel. Allí no creo que el teniente O'Hara

se le ocurra buscarte, ¿verdad?

—Ya lo había pensado, linda, pero no puedo.

—¿Por qué?

Fui a replicar, a decirle que no lo sabía, pero Eve añadió, mucho antes de que pudiera pronunciar una sola palabra al respecto:

—¡John! ¡Tú... tú tienes alguna idea! Anda, dímela, la discutiremos juntos. Ves cómo hice bien en venir.

Llevaba razón.

Era lo que habíamos hecho siempre, desde que la encontré donde a nadie le importa y la convertí en mi secretaria.

Ahora iba a casarme con ella y las cosas iban a continuar igual que siempre. Discutiendo los pros y contras de tal o cual caso.

—Tengo algo —afirmé frunciendo el ceño—. Pero escapa a mi comprensión. Algo que no sé cómo definir y que sin embargo puede ser la clave de todo esto.

—Suelta lo que sea, querido —contestó—. Intentaré ayudarte. Bebió mientras la miraba fijamente.

Al terminar, repliqué:

—¿Qué sabes de este caso, linda?

Sus ojos chispearon mientras levantaba una de sus bonitas y elegantes cejas.

—Dame un cigarrillo, John —pidió—. ¿Quieres?

Extraje el arrugado paquete, encendí dos y a continuación le di uno.

—Suéltalo —dije.

Fumó en silencio por espacio de varios segundos y al fin contestó:

—Creo que casi tanto como tú. Quizás un poco menos, pero en fin, yo también sé algo.

—Con lo que sabes, Eve, ¿te has formado una idea, una composición aproximada de lo...?

—Sé lo que quieres decir, amor —me atajó.

—Entonces, entre todo, ¿qué es lo que tenemos, muchacha?

—Nada que yo sepa —me miró pensativa y tras una ligera

pausa, que no interrumpí, agregó—: John, ¿por qué no me explicas cómo están las cosas hasta este punto?

Sabía lo que quería, y lo hice.

Lentamente empecé a relatárselo todo, y terminé al cabo de una media hora de infatigable charla:

—¿Qué es lo que nos queda, Eve? Dos asesinatos, una pistola, tal vez dos pistolas, unas cuantas mujeres hermosas, sin contar a la pobre *miss* Presley... y tú y yo. Eso, claro es, sin incluir a Rod Fox y a Glen M. Fox. Sin contar a la amante de éste último.

—¿Y eso dónde nos deja, John? ¿En el mismo punto de partida?

—Dímelo tú, querida —dije.

—Un par de automáticas... Unas cuantas mujeres, dos o tres hombres. *Miss* Presley, yo... y... —Frunció violentamente el ceño y añadió—: No lo sé, John, no logró coordinar las ideas. Pero es lo que tú dices. Hay algo... algo que se me escapa. Y es la clave, John, amor, ¡puedes estar seguro de ello!

Lo estaba.

De ello no tenía ni la menor duda. Pero ¿qué era?

Tal vez por eso no contesté, por lo que ella continuó, como si pensara en alta voz, y tal vez fuera verdad:

—Dora Fox... Dos automáticas. Un ataque cuando ibas con *miss* Presley, Maggie H. Fox, Glen y Rod...

Abrió mucho los ojos, los desvió de los míos, y en un segundo su rostro tomó la misma expresión de siempre.

Acto seguido cogió el vaso, lo levantó llevándoselo a sus rojos y sensuales labios y empezó a beber.

Esperé a que terminara y entonces pregunté:

—¿Qué has averiguado, preciosa?

Me miró con sus rasgados y ahora insondables ojos y contestó:

—Nada, John. Continué como al principio. ¿Por qué iba a averiguar algo donde tú no lo has hecho?

De momento no contesté. Luego lo hice con suavidad.

—Dime, linda, ¿qué has sacado en claro?

—John... pero... pero que... La atajé.

—¿Por qué no contestas, linda? Dime, ¿qué has sacado en claro?

—Te he dicho...

—¡Nada! No me has dicho nada. Vamos, ¿qué es ello? Entonces me lo dijo.

—¿Cómo diablos has llegado a esa conclusión? —le pregunté.

—Es fácil —contestó—. Y si tú no fueras tan zoquete, hubieras llegado a lo mismo mucho antes que yo. Aunque si me preguntas cómo lo hizo, cómo logró trasladar el cadáver desde la 125th Street hasta la quinta, confieso que no encuentro una explicación plausible.

La miré pensativamente y Eve me aguantó la mirada.

—Eso no me dice a mí cómo has dado con ello. Precisamente quiero que me digas qué es lo que te ha hecho llegar a esa conclusión, querida.

Hizo un gesto con la mano, atajándome, se volvió cara a la barra y pidió luego de haber llamado al «barman»:

—Pónganos un par de *whiskies* más.

Cuando nos los hubo servido y se apartó de nuestro lado, Eve volvió a hablar, y a medida que avanzaba en sus cortas y sencillas explicaciones, comprendí que llevaba toda la razón.

Entonces apuré mi *whisky* de un solo trago y me puse en pie. En el acto tuve sus bellos ojos fijos en los míos.

—¡John! No irás ahora a la quinta, ¿verdad?

—Por el momento, no, querida —contesté—. Antes voy a usar el teléfono.

—¿Sí? ¿Y a quién vas a telefonar?

—A una mujer.

—¡John!

—¡Eve! —retruqué.

—John, ¿con quién vas a hablar?

—Ya te lo he dicho, linda.

Di media vuelta y seguido por sus grandes y maravillosos ojos, penetré en la cabina telefónica.

Antes de levantar el auricular, consulté mi reloj de pulsera. Las cuatro de la madrugada.

Una buena hora para fastidiar a cualquiera. Por lo tanto, también iba a fastidiarla yo. Marqué.

Y tuve que aguantar unos cuantos minutos antes de que oyera la voz de Ada Lancaster al otro extremo del hilo.

—¿Dígame...?

—¿Míster Glen M. Fox? —pregunté. Contuvo el aliento.

Pude darme perfecta cuenta de ello, y esperé su siguiente

pregunta, que no tardó en llegar:

—¿Quién es usted?

Solté una risita de circunstancias y contesté:

—Dereck, *miss* Lancaster.

—¡Oh!

Siguió un pequeño silencio y ella añadió:

—¿Ocurre algo, pesquisa?

—¡Nada! —repliqué secamente—. Pero llámelo.

—No está aquí. Se marchó a poco de que usted abandonara este apartamento. Por favor, ¿qué es lo que ocurre? —insistió.

—Nada. Ya se lo he dicho. Y dígame, *miss* Lancaster, ¿dónde fue?

—A la quinta. Por lo menos, eso es lo que me dijo. Me sobresalté.

Empecé a pensar, pero fue poco el tiempo que Ada me concedió, ya que preguntó casi en el acto, y en vista del silencio con que yo acogía sus palabras:

—¿Cree que puede ocurrirle algo?

Contesté en contra de mis verdaderos pensamientos:

—No va a ocurrirle nada, *miss* Lancaster. Lo que sucede es que quería comunicarle una noticia importante, pero no se preocupe por ello. Telefonaré mañana.

Di las buenas noches y corté la conversación mucho antes de que ella pudiera responder a mis palabras.

Luego abandoné la cabina telefónica y me enfrenté con Eve, que desde la mesa me miraba llegar llevando extraño mundo en sus bellos y grandes ojos.

CAPÍTULO X

—¿Nos vamos? —preguntó.

La miré atentamente, como intuyendo algo.

—¿Dónde vamos a ir, linda? Señaló el local.

—Pronto van a cerrar, John. Por tanto es menester irse. Por ahí, a cualquier parte. A mi apartamento, a un motel. Por ahí. A cualquier parte —repitió—. A la policía. John, de veras, es menester avisar al teniente O'Hara.

—¿Por qué?

Se puso en pie, y mientras yo depositaba sobre La mesa el importe de lo consumido, contestó:

—Porque no quiero que hagas lo que estás pensando, querido.

—¿Y qué es lo que pienso yo, preciosa?

Me dedicó una sonrisa capaz de derretir al Polo entero, pero no hice caso.

—Estás tratando de ir a la quinta de los Fox, y no quiero que lo hagas.

—¿No? ¿Puedo saber por qué?

—Hay un asesino, John, y tú y yo sabemos quién es. Díselo a la policía y desentiéndete de esto. No deseo que te ocurra nada. Ya ha matado dos veces y puede hacerlo una tercera. Y no quiero que te toque a ti.

Sin replicar, la prendí del brazo y tiré de ella hacia la calle.

La llevó al coche, y apenas si hubimos entrado en el mismo, Eve se lanzó a mis brazos con un ligero grito.

Cuando terminamos con las caricias, mirándola fijamente pregunté:

—¿Qué hay de esos papeles, linda? Señaló el bolso negro que

llevaba.

—Llevo una licencia especial, querido —contestó—. Podemos casarnos... —consultó el reloj de pulsera y añadió—: Dentro de tres horas, John. Puedo ser tu esposa dentro de tres horas. Tan pronto como amanezca —entrecerró los ojos y añadió—: Vámonos por ahí, donde tú quieras. Pero antes llama al teniente

O'Hara

y cuéntale todo cuanto sabemos.

Súbitamente recordé lo hablado por teléfono con Ada Lancaster y sin replicar me limité a poner el coche en marcha.

Empezamos a rodar en silencio, hasta que de un modo repentino Eve lo rompió con un par de preguntas:

—¿A dónde me llevas, John? ¿A mi apartamento? Sacudí la cabeza y tardé varios segundos en contestar.

—Correcto, linda —dije—. Te llevo allí. Y tú, como una buena chica, me vas a esperar en la camita hasta que vuelva. Entonces nos casaremos.

Abrió mucho los ojos, luego los entrecerró y acto seguido dio el estallido:

—¡Un cuerno te voy a esperar, pesquisa! Trata de dejarme a un lado y perderás a la secretaria, a la amante, y finalmente a una buena esposa.

—Escucha, Eve... —empecé armándome de paciencia... No pude continuar, ya que me atajó:

—Voy a ir contigo hasta esa maldita quinta, ¿entiendes? Trata de impedirlo y... Bueno, te seguiré, aunque sea andando, no sin que antes le avise a los de Homicidios.

—Tú no harás nada de eso, linda.

—¿No?

—¡No!

—Correcto, no lo haré. Llévame a casa y te enterarás si lo hago o no. Pensé rápidamente.

—Escucha, nena —dije—, ¿por qué no eres juiciosa y me esperas en tu apartamento? Su respuesta llegó a mí con la misma rapidez que una bala:

—Porque ninguna mujer enamorada lo es, y yo te quiero mucho, pesquisa. Creo que ya lo sabes, ¿verdad?

Le lancé una fugaz mirada, volví a prestar atención al escaso

tráfico de la calle y contesté:

—De acuerdo, linda: vienes conmigo, pero con una condición.

—¿Qué condición es ésta, John?

—Tú te quedarás en el coche mientras yo entro en la quinta. Eso es todo. Se mordió nerviosamente el labio superior y replicó:

—De acuerdo. Sea lo que tú quieras.

Desvié el volante y dejando el camino que conducía a su apartamento, me dirigí rectamente ahora hacia la carretera.

Eve rompió el silencio cuando ya mediábamos el camino.

—Continúo pensando que no me gusta esto, John. Y ¿Tienes miedo?

Tardó en contestar.

Y cuando lo hizo, dijo exactamente la verdad de lo que estaba pensando. Por lo menos, yo lo creí así:

—Sí, mucho. Y es por ti, querido.

Me apresuré a tranquilizarla, y callamos.

Alcancé la quinta cuando apenas si faltaba media hora para el nuevo amanecer y estacioné el «Jaguar» bajo los árboles, procurando que no se viera desde la casa.

Al hacerlo, Eve preguntó:

—¿Cómo vas a entrar, John? Sonreí con suficiencia.

—No sé si entraré ahora o esperaré por aquí a que se levante el primero de los Fox, querida —la miré pensativo y añadí—: No me gustaría forzar la entrada con una ganzúa, pero... En fin, que no sé lo que voy a hacer.

—John, ¿qué es lo que temes? Pensé en Glen M, y contesté:

—Nada, linda; no temo nada.

Adivinando más preguntas, abrí la portezuela y al hacer ademán de descender del coche, Eve me prendió de un brazo.

La miré.

—Sigo teniendo un miedo enorme, John, cielo mío —dijo.

Y cayó entre mis brazos, buscando mi boca con sus labios rojos y sensuales.

Cuando las caricias terminaron, contesté, abandonando el vehículo:

—Quédate aquí, preciosa, y no ocurrirá nada.

—Lo haré, John, aunque no me guste —afirmó.

No muy convencido, a pesar de su promesa, volví la espalda y

rápidamente me encaminé hacia la quinta dando un rodeo, preguntándome si no habría llegado demasiado tarde.

Pensando, reafirmandome más y más en aquella idea compartida por entero con Eve.

Alcancé la parte trasera, rodeé la piscina y me acerqué lentamente, procurando no hacer un solo ruido que delatara mi presencia a cualquiera que estuviera despierto a aquella hora de la madrugada.

Poco después me vanaglorié de ello.

Porque al alcanzar el garaje, situado en la misma quinta, en la parte de atrás, le vi. Abriendo la puerta del mismo y teniendo un bulto a su lado, en los pies.

Me acerqué llevando la «Magnum» en la mano.

—¿Puedo ayudarle en algo, míster Fox? —pregunté. Se volvió lo mismo que una fiera, para inmovilizarse en seco frente al cañón de mi automática.

—¡Eh! ¿Qué significa esto?

Contesté con otra pregunta, señalando con la mano izquierda el bulto caído a sus pies.

—¿Puedo preguntarle qué lleva ahí, míster Rod Fox? Contrajo el rostro en una mueca.

—Suponga que no se lo digo, pesquisa. Que afirmo que a usted no le importa ni poco ni mucho. ¿Qué contestaría?

Sonreí, pero mi sonrisa era sucia.

—Sencillamente, que en este momento no está usted en situación de poner dificultades. Veamos, ¿qué es ello?

Soltó una maldición, hizo un movimiento que no me gustó y le atajé:

—Continúe pensando de ese modo, inténtelo y le mataré, Rod. Vamos, retroceda un par de pasos a ese lado.

Lo hizo, mientras su frente se iba perlando de sudor.

Empecé a inclinarme sobre el alargado bulto cuando ya las primeras luces del nuevo día aparecían por el horizonte.

Una barra, un pantalón y un par de zapatos. Levanté los ojos hasta él y afirmé:

—Nunca debió llevar a *miss* Presley a aquella casa, Rod. Tampoco debió guardar todo esto en la quinta estando el Hudson en Nueva York. O, si lo trajo, no esperar tanto tiempo para hacerlo

desaparecer. Ahora, eso va ser lo que le lleve a la silla eléctrica. Y ha sido tan...

Me interrumpió:

—Es usted un imbécil, Dereck. Yo no maté a mi tío.

Tampoco a *miss* Presley. Cierto que yo la llevé a aquella casa, ya que se trataba de las oficinas que yo mismo instalé allí. Y si, Dereck, fue allí mismo donde asesinaron a míster H. Fox, pero como le digo yo no lo maté. Yo... lo que yo hice fue encontrar el cadáver, tomé miedo, ya que ilógicamente se encontraba en un lugar donde no debía, y le trasladé aquí, dejándole al pie de la escalera. Tenía el cráneo fracturado por un golpe y fue fácil simular que se lo dio al caer por aquélla. Hecho esto recogí la barra y lo demás y los escondí en mi dormitorio. El miedo me hizo esperar a que pasara todo para sacarlo de la quinta sin peligro alguno, pero aquella muchachita de Albany lo complicó, ya que presencié el asesinato, intervino usted y entonces es cuando tuve verdadero miedo. Un miedo horrible. Fue por eso por lo que llevé a *miss* Presley allí, para que reconociera la casa y se lo comunicara a usted.

—¿Con qué objeto, Rod?

—Es sencillo, pesquisa. Usted estaba dando palos de ciego, y puesto ya sobre la pista, lo mismo daba una cosa que otra. Por eso, llevando allí a *miss* Presley, yo mismo le ponía sobre la verdadera. Y ahora... ahora me está acusando de un crimen que no cometí.

—Yo no le acuso de nada, Rod —atajé fríamente—. Eso lo hará el tribunal que le juzgue. Vamos, andando.

—¿Dónde me lleva?

—Por lo pronto, al interior de la quinta. Necesito un teléfono. Venga, camine.

—¿Va a llamar a la policía?

—¿Usted qué cree? —pregunté a mi vez.

—Le he dicho...

Moví el cañón de la «Magnum» hacia un lado y dije:

—Andando, Rod. Yo ya he cumplido mi misión. Ahora le toca a usted cumplir con la suya, al tratar de convencer al teniente O'Hara.

No me contestó.

Dio media vuelta y el uno detrás del otro rodeamos la quinta y entramos por la puerta principal.

Atravesamos el «hall» y acabamos por detenernos en el «living room».

—Siéntese, Rod —dije fríamente, señalándole uno de los sillones.

Lo hizo sin una sola protesta, pero cuando me acerqué y lo levanté, sí dijo:

—Está cometiendo un error, Dereck. Uno de los mayores errores de su vida.

—¿Sí? —pregunté, llevando el auricular al oído—. ¿Quiere decirme por qué?

—Se lo he dicho ahí fuera. Yo no le maté. Lentamente empecé a discar.

Y mientras lo hacía, dije, o mejor dicho, pregunté:

—¿Dónde está su hermana Dora, Rod?

—¿Qué...? ¿Oiga, para qué la necesita a...?

En aquel instante ella dijo a espaldas de los dos:

—Suelte la pistola y el teléfono, pesquisa. Hubo un lapsus de silencio.

Luego hice lo que me mandaba. Solté el auricular sobre su horquilla y me volví lentamente hasta enfrentarla.

La misma «neglige» de transparente nylon, la misma maldita hermosura recostada contra la jamba de la puerta, y por último la misma pequeña automática que ya otras dos veces me apuntara, tan pequeña como mortal a aquella distancia.

Tan peligrosa como la «Magnum» que yo llevaba en la mano.

—¡Suelte el arma, Dereck!

Vacilé, y mientras vacilaba oí la voz de Rod Fox.

—¡Tú! Tú fuiste quien le mató, Dora —acusó—. Tú, mi propia hermana —se puso en pie—. Nunca hubiera esperado eso de...

—¡Cierra el pico, Rod! —atajó ella. Achicó los ojos para mirarme y preguntó:

—¿Cuándo supo que fui yo, pesquisa? Sonreí.

—No fui yo quien lo descubrió, Dora —dije, sin faltar a la verdad—. Fue *miss* Corrington, mi secretaria. Ella analizó los hechos. Usted aparecía siempre que yo me encontraba cerca, empuñando esa automática que lleva en la mano. ¿Recuerda? Fueron dos veces. La segunda cuando yo me encontraba en el dormitorio de su hermano examinando una barra de hierro que, a pesar de serlo, no

era tan pesada como para que no pudiera manejarla una mujer. Y unos zapatos. La explicación de todo ya la he recibido hace apenas unos minutos.

—Por lo visto, pesquisa, tiene una secretaria que vale mucho. Lástima que no pueda decírselo a ella, querido, porque va a morir aquí, ahora mismo. Vamos, ¡suelte ese arma!

En aquel momento Rod la interrumpió:

—¿Por qué? ¿Por qué hiciste eso, Dora?

—¡Calla! Y tú, ¿tú eres el que lo pregunta? Necesitas ser imbécil, Rod, y tú lo has sido siempre. ¡Le odiaba! Como le odiábamos todos por lo que representaba. Como le odiaba Glen e incluso tú, pero ambos erais demasiado cobardes para acabar con su vida. Como le odiaba Maggie, su propia hija. Era un cerdo forrado de millones que jamás le dio nada a nadie, ni concedió un solo favor —calló unos segundos y añadió—: ¿Qué éramos nosotros a su lado, Rod, hermano? Simples gusanos. Asquerosos y sucios gusanos que se arrastraban a su paso en demanda de una migaja de pan, para no recibir sino insultos y desprecio. Yo... aquella noche, Rod, le cité en tu nombre. Sabía que estabas terminando una nueva aleación para el acero y le dije que viniera. Es decir, que fuera a verte, que tenías que consultarle una cosa lo bastante importante para citarle allí. Acudí, sin saber que iba en busca de la muerte.

»Es decir, Rod, ni yo misma sabía lo que iba a ocurrir. Mi idea no era matarle, ni mucho menos, pera cuando le pedí dos mil dólares que necesitaba con urgencia, me los negó. Se burló de mí, me llamó mujerzuela y otras lindezas por el estilo, y el caso es que en parte llevaba razón, ya que aquellos dólares que necesitaba eran para pagar una deuda de juego. Discutimos durante mucho rato y luego se levantó del sillón que ocupaba, cerró las cortinas de la ventana y giró hacia la estantería. Entonces le supliqué de nuevo y volvió a insultarme. No me pude contener. Todo el odio que almacenaba desde hacía años estalló en aquel momento. Tomé el atizador de la chimenea y le golpeé con él... ¡Vamos, pesquisa, tire ese arma!

Hice ademán de obedecer y entonces ella añadió:

—Dejé el cadáver allí y huí. Luego, al día siguiente, mi estupor fue espantoso, cuando el propio Rod dijo que le había encontrado al pie de la escalera. Tenía parte del cráneo hundido y la policía se

equivocó en ello. Ella y el propio forense, que fue el que dictaminó que aquella fractura se la había hecho posiblemente al caer por la escalera. El dictamen fue muerte por accidente, y usted, con aquella estúpida, pesquisa, removieron tanto cieno que... Bueno, Dereck, no la hubiera matado, pero me hizo tomar miedo cuando declaró delante de todos que en un momento dado sería capaz de reconocer al asesino, sobre todo si éste se vestía como aquella noche. O sea, con una trinchera. Cuando abandonaron la quinta, les seguí durante horas, hasta que la llevó al apartamento de usted, Dereck. Creí que tendría que esperar toda la noche, pero no fue así, ya que lo abandonó mucho antes de lo que había supuesto. Dejé transcurrir como un cuarto de hora y subí preguntando por usted. Elsa Presley me abrió la puerta sin sospechar nada y la maté empleando para ello una pistola de gran calibre que pertenecía en vida a H. Fox. Lo demás, pesquisa, ya lo sabe. Y ahora... ahora voy a matarle a usted. Sé que no hay escape para mí, pero usted, Dereck, no gozará de su triunfo.

Retrocedió un par de pasos, levantó la pequeña automática justo cuando una de las puertas que daban acceso al «living room», situada a su espalda, se abrió, dando paso a Maggie y a Glen, la primera empuñando un arma de gran calibre.

—Tú no vas a matar a nadie más, Dora —dijo. Ella dio media vuelta y apretó el gatillo.

Uno de los mechones del pelo de Maggie se movió impulsado por la pequeña bala y me apresté a saltar, pero no pude.

Vi como la automática que Maggie empuñaba saltaba en su mano, mientras las explosiones de la cordita nos sacudían violentamente, y en el acto, cómo Dora iba de un lado para otro impulsada por los pesados proyectiles, hasta que oí gritar a Rod:

—¡No! ¡Por favor, eso no!

Se lanzó contra Maggie, pero no llegó a tocarla. Glen, que se encontraba más cerca, dio un par de pasos y le atizó bajo la barbilla.

Rod levantó los pies del suelo, y mientras rodaba ahora sobre él mismo, y el silencio se hacía en el interior de la estancia, me acerqué al teléfono y empecé a marcar sin abandonar la «Magnum», que hasta el momento no me había servido para nada.

No terminé. Una Eve horriblemente pálida apareció en la puerta

y se precipitó a mis brazos sollozando entrecortadamente.

—John... John... amor... Creí, creí que...

Escondió el bello rostro en mi pecho y acaricié su sedoso pelo con extraña dulzura.

—Tranquilízate, pequeña. Ahora todo ha acabado.

Terminé de marcar y me dispuse a esperar la llegada del teniente

O'Hara.

Tres días más tarde, ya casados, recibí la visita de míster Presley, padre de Elsa. La visita de un padre agradecido.

Y lo estaba, ya que expresó su agradecimiento por descubrir a la asesina de su hija, con un talón por veinte mil dólares.

Lo acepté, pero ni Eve ni yo nos atrevimos a pronunciar una sola palabra, refiriéndonos, naturalmente, a lo que sentíamos por la muerte de la pequeña y rubia damita de Albany.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.

Notas

[1] En los Estados Unidos, concretamente en el Estado de Nueva York, la ley especifica que una mujer alcanza la mayoría de su edad exactamente a los dieciocho años. Esto no quiere decir, necesariamente, que en los otros Estados esta ley sea la misma ya que cambia en cada uno de ellos. < <